



FERNANDO MARTÍNEZ LÁINEZ - CARLOS CANALES TORRES

BANDERAS LEJANAS

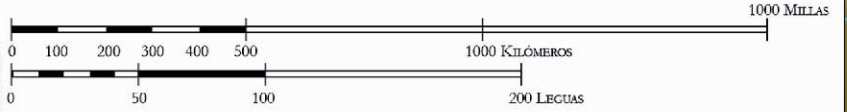
LA EXPLORACIÓN, CONQUISTA Y DEFENSA POR ESPAÑA
DEL TERRITORIO DE LOS ACTUALES ESTADOS UNIDOS



EDAF

NORTEAMÉRICA

FUERTES, PUESTOS, CASAS PORTIFICADAS,
PRESIDIOS Y MISIONES ESPAÑOLAS
Hasta 1763



ESTADOS UNIDOS

Emplazamiento en los territorios de los estados actuales

NUEVO MÉXICO

Presidio de Santa Fe
(1610-1680 y 1692-1846) Santa Fe
Misión de San Miguel
(1625-1710) Santa Fe
Puesto de Albuquerque
(1706-1867) Albuquerque

ARIZONA

Presidio de Tubac
(1752-1776 y 1787-1848) Tubac

TENNESSE

Fuerte Santa Elena
(1567) Deep Springs

TEXAS

Presidio de San Agustín de Ahumada
(1756-1772) Eminence
Presidio de San Xavier de Gigeo
(1751-1756) Rockdale
St. Antonio de Béjar y El Álamo
(1718-1885) San Antonio
Misión de San Francisco de la Espada
(1731-desconocido) San Antonio
Presidio de La Bahía
(1749-1836) Goliad
Presidio de Laredo
(1755-desconocido) Laredo
Presidio de San Saba
(1757-1769) Menard
Nstra. Sra. de los Dolores de los Ais
(1716-1719 y 1721-1773) San Agustine
Presidio de Texas
(1716-1719 y 1721-1729) Nacogdoches
Misión de San Francisco de los Tejas
(1690-1693 y 1716-1731) Weches

MICHIGAN

Fort St. Joseph
(1697-1781) Nile

CAROLINA DEL SUR
Casa fortificada del Cabo San Nicolás
(1526) Winyah Bay
Fuertes de Santa Elena
(1566-1587) Parris Island
Casa fortificada de Orista
(1568) Seabrook Island
Fuerte Cofitachequi
(1568-1570) Camden

CAROLINA DEL NORTE

Puesto de Guatari
(1567) Salisbury
Fuerte San Juan de Xuala
(1567) Marion
Puesto de Cooweechee
(1567) Marshall

GEORGIA

San Miguel de Gualdape
(1526-1527) St. Catherines Island
Presidio de Santa Catalina de Guale
(1566-1597 y 1605-1680) St. Catherines Island
Tolomato Presidio
(1595-1697 y 1605-1684) South Newport
Presidio de San José de Zapala
(1605-1684) Sapelo Island
Misión Jesuita de Santa María de Loreto
(1743-1751) Jensen Beach
Misiones de Guale
– *San Diego de Satuache* (1610-1663)
– *San Felipe de Alave* (1610-1670)
– *Santa Clara de Tupiquí* (1595-97, 1605-1670)
– *Talapo* (1595-1597)
– *Santo Domingo de Asao* (1595-97, 1605-1661)

Presidio de la isla de San Pedro
(1569-1684) Cumberland Island Misiones de Mocama
– *San Buenaventura de Guadaluquí* (1605-1684)
– *Santo Domingo de Asao* (1661-1684)
Misiones de Timucua
– *Santa Isabel de Utinahica* (1610-1640)
– *San Lorenzo de Ibihica* (1620-1656)
– *Santiago de Oconi* (1620-1656)
– *Santa María de los Angeles de Arapaja*
(1625-1657)
– *Santa Cruz de Cachipile* (1625-1657)
Puesto de Coweta
(1689-1691) Columbus

FLORIDA

Las defensas de Fernandina
– *Fuerte Santa María*
(1675-1686) Fernandina Beach
– *Fuerte San Fernando*
(1686-1702) Old Fernandina
– *Posición de isla Amelia*
(1736-1742) Old Fernandina
– *Fuerte Carlos*
(1740) Old Fernandina
– *Fort de la Caroline*
(1564-1568 y 1569-1669) Jacksonville
Defensas del río San Juan
– *Fuerte Elena*
(sin datos) Talbot Island
– *Fuerte San Juan*
(1565-1568) Little Talbot Island
– *Fuerte de Batton Island*
(1567-1568) Batton Island
– *Fuertet Piribiriba*
(1703 - 1705) de Buccaneer Point
– *Misión de Moloa*
(1590) Duval County
– *Fuerte San Diego*
(1730-1740) Ponte Vedra Beach
Fuerte Mose
(1739-1763 y 1797-182) St. Augustine
Fuerte Ayachin
(1730-1764) St. Augustine
Fuerte Cuartel
(1575) St. Augustine
Castillo de San Marcos
(1672-1900) St. Augustine
Misión de Nombre de Dios
(1565-1763) St. Augustine
Fuerte San Nicolás (1740-1763 y 1784-1820) Jacksonville
Fuertes del Ferry de San Marcos de Apalache
(1700-1812) Picolata, Walkill
Misión de San Francisco de Tolomato (1656-1706) Picolata
Misión de San Antonio de Encapae (1595-1656) Georgetown
Rancho La Chua (1703-1706) Gainesville
Misiones de Timucua
– *San Agustín de Urica* (-1656)
– *Santa Cruz de Tarihica* (1612-1656)
– *San Juan de Guacara* (1612-1656)
– *San Juan de Guacara* (1656-1702)
– *Santa Cruz de Tarihica* (1656-1702)
– *Santa Catalina de Ajohica* (1656-1702)
– *San Martín de Ayacuto* (1608-1656)
– *Sante Fe de Teleco* (1612 -1656)
– *Santa Fe de Teleco* (1656-1704)
– *San Francisco de Potano* (1606-1656)
– *San Miguel de Potano* (1606-)
– *Santa Ana de Potano* (1606-1656)
– *San Buenaventura de Potano* (1608-)
– *Yitamayo* (1656-1702)

Misiones de Floridá Oriental
– *Cofá* (1610-) Levy County
– *San Luis de Eloquale* (1620-) Marion County
– *Santa Lucta de Acuera* (1620-) Marion County
– *San Blas de Avino* (1610-) Marion County
Misión de la Encarnación a la Santa Cruz
(1675-) Chattahoochee
Fuerte del río Ochlockonee (1700-1704) akulla County
Fuerte de San Luis de Apalache
(1656-1704) Tallahassee
Fuerte de San Marcos de Apalache
(1679-1682 y 1718-1824) St. Marks
Rancho Asilo
(1647-1651) cerca de Lamont
Fuerte Ayavalta
(1700-1704) cerca de Blue Springs
Misiones de Yustaga
– *San Francisco de Chuaquin* (1623-1656)
– *San Pedro y San Pablo de Potohiriba* (1623-1656)
– *San Pedro de Potohiriba* (1656-1704)
– *Santa Elena de Machava* (1628-1704)
– *San Idelfonso de Chamile* (1628-1656)
– *San Miguel de Asile* (1656-1704)
– *San Mateo de Tolapatafi* (1656-1704)
Misiones de Apalache
– *San Miguel de Asilo* (1628-1656)
– *San Lorenzo de Ivitachuco* (1633-1704)
– *La Concepción de Ayubale* (-1704)
– *San Juan de Aspalaga* (-1704)
– *San Pedro y San Pablo de Patale* (-1704)
– *Santa María de Bacuqua* ()
– *San Damian de Cupaica* (1639-1704)
– *San Francisco de Oconee* (-1704)
– *San José de Ocuá* (unknown dates)
– *San Martín de Tomole* (1656-)
– *San Carlos de los Chacatos* (1656 - 1704)
– *San Nicolás de Tolentino* (1656-)
– *Nuestra Señora de la Candelaria de Tamaja*
(1656 -)
– *San Pedro de los Chines* (1656 -)
– *San Antonio de los Chines* (1656 -)
Misión de San Salvador de Mayaca
1590) Lake George
Misiones de Jororo
(1690) Osceola County
Fuerte Tocobaga
(1567) Safety Harbor
Fuerte Tequesta
(1567-1570) Miami
Fuerte de Santa Lucta de Canaveral
(1568) Jensen Beach
Fuerte Ays
(1567) Oslo
Fuerte San Antonio de Padua
(1567-1568) Mound Key
Fuerte Ayenlade
(1719) Santa Rosa Island
Fuertes de la Bahía de San José
(1701-1704 y 1718-1723) Beacon Hill
Fuertes de la bahía de Pensacola (hasta 1763)
– *Fort San Miguel* (1740-1763)
– *Fuerte Santa Bárbara*. Se planificó en 1756
– *Fuerte San Carlos de Austria* (1698)
– *Presidio de Santa María de Galve* (1698)
– *Fuerte San Carlos Príncipe de Asturias* (1719)
– *Presidio de Santa Rosa de Punta Siguenza* (1723)
– *Fuerte Santa Rosa* (1752)





BANDERA DE BATALLÓN DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA FIJO DE LUISIANA (1779-1781)

Las banderas del ejército fueron reglamentadas a principios del siglo XVIII, en concreto en 1706, sufriendo después algunas modificaciones en las décadas siguientes. La que representamos es la bandera de batallón de la principal unidad de guarnición en Luisiana y Florida en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. Este regimiento bajo el mando del general Gálvez, tomó parte en el asalto final a Pensacola el 8 de mayo de 1781.



BANDERA DE LA COMPAÑÍA VOLANTE DE ÁLAMO DE PARRAS (HACIA 1810)

Las pequeñas unidades que protegían la soberanía de España en los inmensos territorios que iban de Texas a California usaban banderas sencillas blancas que casi siempre tenían el escudo de Castilla y León en dos o cuatro cuarteles. Esta compañía de caballería ligera estuvo acuartelada en la misión de San Antonio de Valero, en Texas, el mítico Álamo.



BANDERA NAVAL Y ENSEÑA NACIONAL (1785)

Para diferenciar a los buques españoles de los de otras naciones como Francia, Toscana, Parma o Sicilia, que también empleaban banderas blancas, se preparó un concurso con doce diseños, siendo el elegido una versión del primero de todos pero con la franja amarilla con doble anchura que cada una de las rojas. El escudo sencillo era el habitualmente conocido como Castilla y consistía en las armas de Castilla y León en dos cuarteles.



BANDERA CORSARIA (1820)

La bandera mercante española de 1785 era ésta, que presentaba ligeras diferencias con la bandera de las naves de guerra. Las banderas corsarias eran una versión de la bandera civil pero con el escudo sencillo situado hacia la driza.



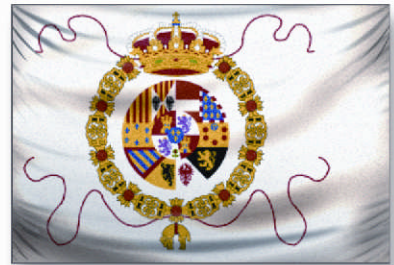
BANDERA DE FORTIFICACIONES COSTERAS (1793)

La bandera naval española de 1785 ondeaba desde 1793 en los castillos y plazas marítimas en virtud de una Real Orden. Esta bandera es la que ondeó sobre las fortificaciones de San Agustín y Pensacola, en Florida hasta el verano de 1821, cuando se entregaron a los Estados Unidos y en el último puesto español en California, en San Diego, cuando en abril de 1822 pasó a soberanía de México.



BANDERA DE LOS GALEONES DE ESPAÑA (HACÍA 1650)

Esta bandera fue posiblemente usada por los buques que hacían la ruta de Indias, al menos hasta 1701. Los colores blanco, rojo y amarillo fueron habituales en las banderas españolas y eran también los colores personales del emperador Carlos I —rojo y amarillo por Castilla y rojo y blanco por Austria—, así como los del estado de Flandes en tanto fue parte de la corona de España.



BANDERA ESPAÑOLA Y ENSEÑA DE GUERRA (1759-1785)

Los diseños de la bandera española siguieron el patrón tradicional a lo largo del siglo XVIII, pero a partir del reinado de Carlos III el escudo sufrió algunas modificaciones, manteniéndose su posición junto a la driza.



BANDERA ESPAÑOLA Y ENSEÑA DE GUERRA (1701-1759)

Las banderas españolas eran en general blancas con diversas formas de la cruz de Borgoña o de San Andrés, casi siempre en rojo, pero a partir de la subida al trono de Felipe V, pasaron a ser blancas con las armas reales. El escudo se situaba junto a la driza para permitir la identificación del escudo en ausencia de viento.

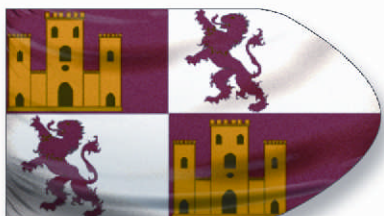


BANDERA ESPAÑOLA DE FORTIFICACIONES COSTERAS (1701-1786)

Sin duda alguna este diseño de bandera blanca con el escudo denominado en la época España —Castilla y León en cuatro cuarteles— y el toisón de oro fue la más empleada en América del Norte, ya que, aunque las aspas de Borgoña fueron mucho menos usadas, a pesar de ser las propias de las unidades militares.



LAS BANDERAS DE LOS HOMBRES QUE CONQUISTARON Y DEFENDIERON LA NORTEAMÉRICA ESPAÑOLA



BANDERA DEL REINO
DE CASTILLA (1519)

La enseña del viejo reino unido de Castilla y León en su forma y diseño del siglo XV siguió en uso hasta finales del siglo XVI, si bien había multitud de variantes. Hay motivos más que sobrados para pensar que aún fue empleada por los hombres de Pedro Menéndez de Avilés cuando tomaron el fuerte Charlotte en Florida en 1564.



BANDERA NAVAL (1550)

Aunque los diseños rojos y blancos fueron los más frecuentes también hubo banderas en los colores nacionales de Castilla y León —que también eran los de Aragón y Navarra—, oro y gules —amarillo y rojo—. También hubo banderas en azul y blanco, principalmente civiles.



BANDERA NAVAL (1565)

Las banderas con la cruz de Borgoña comenzaron a usarse a principios del siglo XVI, pero a partir de la década de 1530 se convirtieron en habituales. La bandera «nacional» de España no era oficial y tenía multitud de diseños y variantes, por lo que hemos elegido una de las más frecuentes, que por supuesto no fue la única. Los diseños de la cruz de Borgoña variaban mucho, pero de forma mayoritaria eran rojas sobre fondo blanco. Una variante de esta bandera sigue hoy ondeando el castillo de San Marcos de San Agustín de la Florida, la ciudad más antigua de los Estados Unidos.



BANDERA DE LAS FLOTAS DE INDIAS

Desde 1593 los galeones de las Flotas de Indias usaban, entre otras, esta bandera con el escudo coronado de Castilla, sobre un fondo de barras amarillas y blancas. Por alguna razón parece que en América el escudo de los reinos de Castilla y León se usó de forma más habitual que en Europa y durante más tiempo.

BANDERAS LEJANAS

CLÍO
CRÓNICAS DE LA HISTORIA

FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ
CARLOS CANALES TORRES

BANDERAS LEJANAS

La exploración, conquista y defensa
por España del territorio de los actuales
Estados Unidos



MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2009

© Fernando Martínez Lainez y Carlos Canales Torres
© EDAF S. L., Jorge Juan, 30 · 28001 Madrid (España).
Diseño de cubierta y mapas: Ricardo Sánchez
Documentación e imágenes: Carlos Canales

Editorial EDAF S. L.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Ediciones-Distribuciones
Antonio Fossati, S. A. de C. V.
C/ Sócrates, 141, 5.º piso
Colonia Polanco
C. P. 11540 México D. F.
edafmex@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Chile, S. A.
Exequiel Fernández, 2765
Macul, Santiago de Chile-Chile
edafchile@edaf.net

Edaf Antillas, Inc.
Avda. J. T. Piñero, 1594
Caparra Terrace
San Juan, Puerto Rico (00921-1413)
edafantillas@edaf.net

Edaf Antillas
247 S. E. First Street
Miami, FL 33131
edafantillas@edaf.net

Marzo de 2009

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

I.S.B.N.: 978-84-414-2121-9
Depósito legal: M-M-12.537-2009

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Graficas Cofás - Móstoles (Madrid)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: TRES SIGLOS DE PRESENCIA	11
PRIMERA PARTE: EN COSTAS EXTRAÑAS	13
1.1. REINOS DE FANTASÍA	15
Ponce de León y la búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud, <i>pág. 17</i> ; La Tierra de Chícora y el Cabo del Miedo, <i>pág. 20</i> ; Francisco de Garay, Alvarez de Pineda y ña Tierra de Amichel, <i>pág. 23</i> ; Esteban Gómez y la búsqueda del paso del Noroeste, <i>pág. 25</i> .	
1.2. LA COSTA DE LAS TORMENTAS	27
La búsqueda enloquecida de Pánfilo de Narváez, <i>pág. 27</i> ; El increíble periplo de Cabeza de Vaca, <i>pág. 31</i> ; La aventura incierta de Tristán de Luna, <i>pág. 36</i> ; Angel de Villafañe y el abandono de Pensacola, <i>pág. 41</i> ;	
1.3. HERNANDO DE SOTO: LA BÚSQUEDA DEL MÁS ALLÁ	43
La partida, <i>pág. 45</i> ; Un viaje infernal, <i>pág. 46</i> ; La batalla de Mobile, <i>pág. 50</i> ; Una muerte legendaria, <i>pág. 54</i> ; El regreso, <i>pág. 56</i>	
1.4. LA MARCHA INMORTAL DE VÁQUEZ DE CORONADO	57
El hidalgo salmantino, <i>pág. 58</i> ; Los aparecidos, <i>pág. 58</i> ; Mujeres y turquesas, <i>pág. 59</i> ; Las ciudades altas, <i>pág. 60</i> ; El apoyo naval y la marcha por tierra, <i>pág. 62</i> ; El cañón del Colorado, <i>pág. 64</i> ; La busca de Quivira, <i>pág. 65</i> ; Acoma y la exploración de Alvarado, <i>pág. 66</i> ; La guerra de Tiguex, <i>pág. 68</i> ; El retorno, <i>pág. 70</i> .	
1.5. PACIFICADORES, QUE NO CONQUISTADORES	72
Nueva Galicia, las exploraciones de Agustín Rodríguez y Francisco Sánchez, <i>pág. 73</i> ; Antonio de Espejo y la Nueva Andalucía, <i>pág. 74</i> ; Los <i>ilegales</i> Castaño y Leyva. Españoles en Kansas, <i>pág. 75</i> .	
SEGUNDA PARTE: LA FLORIDA	79
2.1. LA TIERRA SIN DUEÑO	81
Los franceses en Florida, <i>pág. 82</i> ; Pedro Menéndez de Aviles, el Adelantado de La Florida, <i>pág. 85</i> ; Corsarios y piratas, <i>pág. 88</i> ; La cadena de emisiones y la conversión de los indígenas, <i>pág. 90</i> ; La importancia de las rutas: <i>The Old Spanish Trail</i> , <i>pág. 93</i> .	
2. 2. LOS SEÑORES DE LA GUERRA,	98
La vestimenta, <i>pág. 98</i> ; Armaduras y equipo defensivo y ofensivo, <i>pág. 100</i> ; Arcabuces y mosquetes, <i>pág. 103</i> ; Picas y alabardas, <i>pág. 104</i> ; La ventaja del caballo, <i>pág. 105</i> .	

TERCERA PARTE: NUEVO MÉXICO, TEXAS Y ARIZONA	107
3.1. UNA AVENTURA ÉPICA: EL CAMINO REAL DE TIERRA ADENTRO	109
Juan de Oñate: el hombre del rey, <i>pág.</i> 110; Los últimos obstáculos, <i>pág.</i> 112; La posesión de Nuevo México, <i>pág.</i> 114; Los indios del Suroeste, <i>pág.</i> 118; Guerreros y poetas: Gaspar Pérez de Villagrà, <i>pág.</i> 120; La guerra de la Roca y la <i>Ciudad de las Nubes</i> , <i>pág.</i> 122; La encerrona, <i>pág.</i> 124; Más allá de lo posible, <i>pág.</i> 126; La rendición, <i>pág.</i> 130; Crece La Colonia. Nuevas exploraciones, <i>pág.</i> 132; Condena y rehabilitación, <i>pág.</i> 134; El Gobierno de Peralta y el nacimiento de Santa Fe, <i>pág.</i> 135; De ovejas y caballos, <i>pág.</i> 136; La rebelión de los indios <i>pueblo</i> , <i>pág.</i> 137; Incursiones de castigo: la paz imposible, <i>pág.</i> 140.	
3. 2. EN EL REAL DE ARIZONA Y LA PIMERÍA ALTA	143
La incansable labor del padre Kino, <i>pág.</i> 146; Otros jesuitas misioneros, <i>pág.</i> 149; La rebelión <i>pima</i> , <i>pág.</i> 151; Las reformas borbónicas, <i>pág.</i> 153; Campos de paz, <i>pág.</i> 154;	
3. 3. FRENTE A FRANCESES, APACHES Y COMANCHES	157
San Francisco de los Texas: el primer intento, <i>pág.</i> 158; El regreso a Texas y el nacimiento de la provincia, <i>pág.</i> 162; La recuperación y la era de las reformas, <i>pág.</i> 166; La masacre de San Sabá, <i>pág.</i> 169; Golpe por golpe. La campaña del Río Rojo, <i>pág.</i> 172; La edad dorada de la provincia de Texas, <i>pág.</i> 174; El desarrollo de la frontera: los ranchos, <i>pág.</i> 177; La falta de población, <i>pág.</i> 178.	
3. 4. LOS VIGILANTES DE LA FRONTERA	181
Dragones de cuera. Organización y evolución, <i>pág.</i> 183; Compañías volantes, Húsares de Texas y Cazadores de Nueva Vizcaya, <i>pág.</i> 186; Los voluntarios catalanes, <i>pág.</i> 189; Las milicias, <i>pág.</i> 190; Misiones y operaciones, <i>pág.</i> 192.	
3. 5. LA GUERRA EN LA FRONTERA: LOS INDIOS BÁRBAROS	194
Apaches y navajos, <i>pág.</i> 194; Comanches, <i>pág.</i> 201; La paz de Anza, <i>pág.</i> 204; Utes, y wichitas, <i>pág.</i> 207.	
CUARTA PARTE: DE LA CRISIS AL APOGEO	211
4. 1. LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA (1701-1713)	213
La crisis en La Florida, la pérdida de las misiones. El hundimiento de la frontera, <i>pág.</i> 214; La recuperación, <i>pág.</i> 216.	
4. 2. LA GUERRA DE LA CUÁDRUPLE ALIANZA (1717-1721)	219
La Guerra en Florida: la lucha por Pensacola, <i>pág.</i> 221; Nuevos enemigos: los franceses en Texas, <i>pág.</i> 224; Nuevo México y las llanuras. La expedición de Villasur a Nebraska, <i>pág.</i> 228.	
4. 3. LA GUERRA DE LA OREJA DE JENKINS Y LA GUERRA DE SUCESIÓN DE AUSTRIA (1739-1748)	234
El ejército de la Florida y el Fuerte Mose, <i>pág.</i> 235; Enemigo a las puertas: los <i>Highlanders</i> de Darien y el nacimiento de Georgia, <i>pág.</i> 237; Florida contra Georgia, <i>pág.</i> 238; El contraataque español, <i>pág.</i> 240; La batalla del Pantano sangriento (<i>Bloody Marsh</i>), <i>pág.</i> 241.	
4. 4. EN LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1761-1763),	245
El desastre de La Habana y la pérdida de La Florida, <i>pág.</i> 248.	
4. 5. DE LO MÁLO, LO MEJOR	251

La rebelión <i>creole</i> y la ocupación de Luisiana, <i>pág.</i> 252; La extensión hacia el Norte y el aseguramiento de las fronteras, <i>pág.</i> 257; Los isleños: Canarios en Luisiana, <i>pág.</i> 258.	
4. 6. BALBUCEOS DE UN GIGANTE	261
Preparándose para lo inevitable, <i>pág.</i> 263; Qien da primero da dos veces. De Bute a Manchac a Baton Rouge, <i>pág.</i> 268; La ofensiva sobre Florida y la toma de Mobila, <i>pág.</i> 271; El frente Norte: la defensa de San Luis y la expedición al lago Michigan, <i>pág.</i> 274.	
4. 7. YO SOLO	279
Pensacola: «Marcha de valientes, carga de vencedores», <i>pág.</i> 280; La conquistista de las Bahamas, <i>pág.</i> 286; La paz de París: Florida española, <i>pág.</i> 288.	
QUINTA PARTE: CALIFORNIA	291
5. 1. UNA TIERRA MARAVILLOSA	293
Primeras expediciones: De Ulloa Vizcaíno, <i>pág.</i> 293; España en la Alta California, <i>pág.</i> 298; La consolidación de la colonia, <i>pág.</i> 301; La última provincia del Imperio, <i>pág.</i> 308; Nuevas exploraciones. La marcha de Anza y las costas del Norte, <i>pág.</i> 314.	
5. 2. EL GOBIERNO DE FELIPE NEVE	322
El reglamento para el gobierno de California, <i>pág.</i> 324; La guerra de Yuma, <i>pág.</i> 328	
5. 3. LAS EXPEDICIONES AL NOROESTE: DE CALIFORNIA A ALASKA	335
A la búsqueda de los Estrechos de Anián, <i>pág.</i> 335; La ocupación de Nootka, <i>pág.</i> 336; Velas en la niebla. Alaska española, <i>pág.</i> 340; En el filo de la navaja: la crisis con Gran Bretaña, <i>pág.</i> 341; Las consecuencias del Tratado de 1790 y los últimos años de la presencia española, <i>pág.</i> 344.	
5. 4. EN UN PAÍS LEJANO	350
El problema del comercio y los bienes materiales, <i>pág.</i> 351; La defensa de California: Presidios y fortificaciones, <i>pág.</i> 353; El desarrollo: más misiones y pueblos, <i>pág.</i> 356; En guerra con Rusia, <i>pág.</i> 357; El siglo XIX, <i>pág.</i> 358; Los primeros extraños: Yanquis en el Pacífico, <i>pág.</i> 361; Llegan los rusos, <i>pág.</i> 362; Nace el Fuerte Ruso, <i>pág.</i> 365; Caballeros de fortuna, <i>pág.</i> 366; El Real Ejército de California y los indios de la provincia, <i>pág.</i> 368; Las última exploraciones y campañas militares, <i>pág.</i> 371; El final, <i>pág.</i> 372; San Diego de California, 20 de abril de 1822: la última bandera, <i>pág.</i> 374.	
SEXTA PARTE: EN COMPAÑÍA DE LOBOS	374
6. 1. LA ERA DE LOS FILBUSTEROS. LOS ANGLOS EN TEXAS,	377
Philip Nolan, el <i>mustanger</i> , <i>pág.</i> 378; Las disputas fronterizas y la franja neutral, <i>pág.</i> 379; El principio del fin: España sin rey, <i>pág.</i> 384.	
6. 2. LA REVOLUCIÓN LLEGA A TEXAS	386
La insurrección de Las Casas, <i>pág.</i> 387; El contragolpe realista: Dios, Patria y Rey, <i>pág.</i> 388.	
6. 3. BERNARDO GUTIÉRREZ DE LARA Y LA PRIMERA REPÚBLICA DE TEXAS	390
Hidalgo y la lucha por la Independencia de México, <i>pág.</i> 391; Bajo la bandera de la Libertad, <i>pág.</i> 394; La batalla del Río Medina, <i>pág.</i> 399.	

6. 4. VIEJOS CONOCIDOS, NUEVOS ENEMIGOS	401
Llega Mina. El guerrillero, <i>pág.</i> 401; Galveston, el reino pirata y el Campo del Asilo, <i>pág.</i> 403; La Expedición de Long. La segunda República de Texas, <i>pág.</i> 405; La puerta abierta. La inmigración legal y controlada, <i>pág.</i> 409.	
SÉPTIMA PARTE: LA CONTROVERSIAS DE LAS FLORIDAS	413
7. 1. VECINOS INCÓMODOS	415
La defensa de los nuevos territorios, 1784-1795, <i>pág.</i> 415; La tropas de Luisiana y las Floridas: regulares y milicias, <i>pág.</i> 421; Las tribus indias y la importancia estratégica del comercio, <i>pág.</i> 423; El problema de la población. Los proyectos de Wouves y Wilkinson, <i>pág.</i> 428; Las tribus indias del Sudeste, <i>pág.</i> 432; La guerra en los bosques del Sudeste, <i>pág.</i> 437; La nación mutante, <i>pág.</i> 438; La frontera occidental en litigio, <i>pág.</i> 439; La amenaza militar y los proyectos de invasión, <i>pág.</i> 443; La pérdida de Luisiana, <i>pág.</i> 445; El principio del fin. La entrega de Luisiana, <i>pág.</i> 450.	
7. 3. SOLOS FRENTE A TODOS	452
William Bowles y los creeks: el Estado de Muskogee, <i>pág.</i> 453; Bajo la <i>Bonnie Blue Flag</i> : de la conspiración de Burr a la República de Florida Occidental, <i>pág.</i> 459; La Guerra de 1812 y los <i>patriotas</i> de Florida Oriental, <i>pág.</i> 464; La crisis de isla Amelia y la República de la Floridas, <i>pág.</i> 469; Meros espectadores. La Primera Guerra Seminola, <i>pág.</i> 472; El tratado Adams-Onís y la venta de Florida, <i>pág.</i> 477; La última bandera. Plaza de la Constitución, San Agustín de la Florida, <i>pág.</i> 482.	
FUERTES, PUESTOS Y CASAS FORTIFICADAS, PRESIDIOS Y MISIONES ESPAÑOLAS, EN EE. UU. Y CANADA	485
BIBLIOGRAFÍA	529
ÍNDICE TOPONÍMICO	532
ÍNDICE ONOMÁSTICO	537

Tres siglos de presencia

ANTES QUE WASHINGTON O JEFFERSON, antes de que el rodillo de la colonización anglosajona emprendiera eso que el cine de Hollywood se inventó como “La conquista del Oeste”, España ya estaba allí, y había combatido o pactado con casi todas las legendarias tribus indias (apaches, comanches, cheyenes, seminolas, navajos, pueblos, siux ...) que alguna vez poblaron las praderas, pantanos y bosques norteamericanos, cuando aun no habían sido exterminadas por quienes llegaron después con la Biblia en una mano y el rifle en la otra.

España, sin duda, estuvo allí antes, durante más de 300 años, aunque algunos hayan intentado, y muchas veces logrado, eliminar el dato a toda costa. Y estuvo no de forma ocasional. La presencia hispana en extensas zonas del actual territorio de Estados Unidos (Alaska incluida) solo acabó por la imposición de las armas cuando España, tras la catastrófica guerra de Independencia contra la Francia napoleónica, era ya un viejo león herido y sin fuerzas. Es la relación poder-flaqueza la que desequilibra la balanza de la historia, modifica las fronteras y acaba con los imperios; y el imperio español, aunque fue el primero en extenderse por cinco continentes, no podía ser una excepción.

Este libro de *Banderas lejanas* es importante por tres razones principales. Una de ellas es que, por primera vez, se ofrece una visión coherente y detallada del proceso de exploración, conquista y defensa a cargo de España en ese inmenso, hostil y con frecuencia desértico territorio que se extiende desde el Río Grande hasta las gélidas costas de Alaska.

La segunda razón viene marcada por el deseo (seguramente utópico) de superar el mutuo y gravísimo desconocimiento, tanto por parte estadounidense como española, de unos hechos que forjaron la existencia de Norteamérica y moldearon el propio marco geográfico del que surgiría la superpotencia actual de las barras y estrellas.

La Historia —se ha repetido muchas veces— la escriben los vencedores. Y España perdió. La distorsión sistemática de sus empresas y hazañas, bien auxiliada por la calamitosa y torpe Leyenda Negra, no solo ha menospreciado y desvirtuado el hecho irrefutable de la tenaz, y muchas veces abnegada, acción de sus exploradores, soldados, marinos y colonos en América del Norte, sino

que apenas ha reconocido la enorme ayuda (similar a la de Francia) prestada por los ejércitos y los dineros españoles a los incipientes Estados Unidos durante la lucha de independencia contra Gran Bretaña, en el momento mismo de su nacimiento como Nación.

La tercera aportación notable de esta obra viene dada por la relación completa de todos los fuertes, presidios, asentamientos y misiones en los que alguna vez ondearon enseñas españolas en tierra norteamericana. Un listado indispensable que permite al lector actual darse plena cuenta del alcance y profundidad de la penetración hispana.

Por supuesto que también hubo crímenes y errores por parte de España. Por desgracia, la historia no es un baile de salón ni una tómbola benéfica, sino una partera con las manos ensangrentadas. Avanza a tientas, con sufrimiento y lágrimas, guiada por la voluntad humana y los condicionamientos naturales, económicos y sociales. En este sentido, España no debería tener ningún complejo de inferioridad, algo que nos corroe desde hace mucho tiempo cuando se trata de establecer comparaciones con otros países punteros.

Fuimos lo que fuimos. Y lo que hicimos no fue peor en términos generales que lo que otros hicieron, y con frecuencia, incluso, hasta fue mucho mejor.

Ojalá estas páginas sirvieran para fomentar la curiosidad de los españoles y el mundo hispano hacia su propio pasado. En el caso de España, sobre todo, esta indagación se hace urgente, ya que parecemos cabalgar a rienda suelta hacia el precipicio del olvido de nuestra propia identidad, un mal agudizado por la confusa etapa actual de disgregadores particularismos regionales que cuestionan el fundamento mismo de una Nación de soberanía popular indivisible.

Sin Nación sólida, lo que queda a la hora de la verdad es poca cosa en lo que atañe a valores colectivos. El mañana se creó ayer, y un pueblo sin ayer es un pueblo sin futuro. Es conveniente recordarlo con frecuencia. Sin fe para asimilar su propio pasado, España quedaría reducida a un barco sin rumbo, sin destino y sin refugio. Que este libro sirva al menos para evocar las banderas que varias generaciones de antepasados defendieron con tanto ahínco, tan escasos medios y durante tan largo tiempo en Norteamérica. Banderas que arriaron con honor y también con el amargo sabor de la indiferencia y el olvido de sus propios compatriotas. Otra vieja historia.

Febrero de 2009.

Los Autores.

PRIMERA PARTE

EN COSTAS EXTRAÑAS

1.1. Reinos de fantasía

ENTRE EL 30 DE MAYO DE 1498 y el 25 de noviembre de 1500, Cristóbal Colón realizó su tercer viaje. Después de recalar en Madeira se dirigió al oeste y llegó a la isla de Trinidad, ya en América. Tras explorar el estrecho que la separa de Costa Firme—Venezuela—reconoció el Orinoco y las islas Chacachare, Margarita, Tobago y Granada. Pensó que se trataba de un nuevo continente, aunque luego cambió de opinión y afirmó que esas islas pertenecían al extremo oriental de Asia. Al comenzar el siglo XVI, la inmensa masa terrestre americana era todavía un concepto geográfico brumoso.

Cuando llegó a La Española, Colón se encontró con que los colonos estaban muy descontentos y los indios se habían alzado en armas. Algunos de los que habían regresado a Europa lo acusaron de mal gobierno y los Reyes Católicos enviaron a Santo Domingo a Francisco de Bobadilla, administrador real que el 23 de agosto puso en prisión al almirante y a sus hermanos. Aunque al llegar a España el descubridor recuperó la libertad, perdió para siempre influencia y poder. No obstante, su actividad como explorador no se detuvo y entre el 11 de mayo de 1502 y el 7 de noviembre de 1504 viajó de nuevo a América y exploró el litoral de Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y el Golfo de Uraba, en Colombia. Una tormenta lo empujó a Jamaica, donde permaneció hasta 1504, y el año anterior había explorado el Caribe y descubierto las islas Caimán Brac y Pequeño Caimán—Colón nunca vio Gran Caimán—, a las que bautizó como Las Tortugas.

Con estos viajes la Corte española y los cosmógrafos y cartógrafos que trabajaban para los Reyes Católicos iban conociendo cada vez con más precisión las nuevas tierras al otro lado del mar. Pero a pesar del interés de Colón por mantener el monopolio de la navegación a las Indias, entre 1499 y 1520 se produjeron decenas de viajes de exploración llevados a cabo por expertos y audaces navegantes. Destacaron los de Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio, todos ellos de objetivos limitados pero que ampliaron de forma extraordinaria el conocimiento del Nuevo Mundo. Sin embargo, ninguno alcanzó las tierras de lo que hoy son los Estados Unidos, y de los llevados a cabo por ingleses y portugueses solo hay conjeturas, aunque todo parece indicar que tampoco lo lograron.

En Inglaterra las expediciones estuvieron a cargo de los hermanos Juan y Sebastián Caboto, dos italianos bien conocidos en España y Portugal y residentes en Bris-



Juan Ponce de León, descubridor de la Florida.

La mala suerte acompañó a la expedición del conquistador de Puerto Rico cuando quiso extender sus conquistas al Norte, a la inmensa y desconocida América del Norte.

tol. En 1496 navegaron al oeste sin poder pasar más allá de Islandia, pero a bordo del *Matthew*, un barco de 50 toneladas y con 18 tripulantes, pequeño y rápido, llegaron a Terranova en junio de 1497 y pensaron que estaban en Cipango —Japón—. El lugar exacto no se conoce. Pudo haber sido Bonavista o St John's, en Terranova, o Cabo Bretón, la península de Labrador o incluso el actual Maine. Caboto desembarcó para tomar posesión de la tierra y exploró la costa durante algún tiempo, hasta que el 20 de julio zarpó de regreso a Europa.

Una vez en Inglaterra, Caboto fue nombrado almirante y premiado con una importante cantidad de dinero, además de obtener patente real para un nuevo viaje que realizó en 1498 al mando de cinco buques. De Caboto y su expedición no se supo más y se supone que llegaron hasta Groenlandia por el norte y a la bahía



Miami, Florida.

Donde hoy se yerguen altivos los rascacielos de Brickell Avenue, los españoles levantaron un modesto fuerte al que llamaron Tequesta por los indios de la región. Pronto fue abandonado. Cuando en 1821 los españoles abandonaron la zona sólo había un pequeño apostadero de pescadores junto al actual barrio de Espaniola Way, en Miami Beach.

de Chesapeake por el sur, pero no hay constancia, por lo que lo que sus posibles hallazgos no tuvieron consecuencias.

Respecto a Portugal, sus expediciones se centraron en los viajes de los hermanos Gaspar y Miguel Corte Real. El primero navegó en 1500 en dirección a Terranova y al año siguiente fue hasta Groenlandia, pero no llegó a su destino ya que las corrientes lo desviaron y alcanzó la península del Labrador. Desde allí intentó ir al este para llegar a las Azores, pero desapareció. Su hermano, Miguel Corte Real, fue en su busca y tuvo la misma suerte. Sin embargo, las actividades portuguesas no cesaron y en 1520 Joao Fagundes logró establecer una base en Cabo Bretón, entre Terranova y Nueva Escocia —hoy Canadá—, con pobladores de las Azores, pero en 1526 había sido ya abandonada.

A comienzos del siglo xvi, la larga costa oriental de los Estados Unidos era un territorio completamente desconocido.

Ponce de León y la Fuente de la Eterna Juventud

En 1493, en el segundo viaje de Colón, un maduro caballero de unos treinta años de edad quedó fascinado por las aguas transparentes del Caribe, la frondosidad y verdor de las islas, el cielo azul y el inmenso mar cálido en el que navegaban. Se dice que

pisó por primera vez América en la actual Cockburn Town, en la isla de Gran Turco —hoy Turcos y Caicos—, y embriagado por la belleza de lo que veía apenas una década después volvió de nuevo con el gobernador Nicolás de Ovando, y en 1502 se instaló en La Española. El caballero se llamaba Juan Ponce de León, había nacido en Santervás de Campos —Valladolid— el 8 de abril de 1460 y estaba destinado a convertirse en uno de los primeros conquistadores de las nuevas tierras descubiertas.

Castellano viejo de la cabeza a los pies, valeroso y audaz, había sido paje en la Corte del rey aragonés Fernando el Católico, tras la boda de éste con la infanta Isabel de Castilla, y años después había combatido con valor y audacia en la Guerra de Granada (1481-1492). Esta dura campaña, en la que aprendió el arte de la guerra, le sirvió para lo que iba a venir. Con Ovando su capacidad militar se puso de nuevo a prueba y colaboró en un discreto segundo plano en la conquista y control de La Española.

Su notable discreción y buena conducta no pasó desapercibida y fue recompensado con el cargo de gobernador de la recién creada provincia de Higüey. En el ejercicio de sus cargo escuchó extrañas leyendas indias que decían que la isla de Borinquén tenía incontables riquezas y decidió encontrarlas. Algo que consiguió cuando, con 48 años cumplidos, recibió el encargo de someter esa isla, hoy Puerto Rico, que en aquel entonces tenía el nombre de San Juan Bautista. Corría el año 1508 y Juan Ponce de León iba a tener por fin su oportunidad de entrar en la Historia. La razón de su nombramiento estaba en unos sucesos ocurridos dos años antes, al producirse la muerte en 1506 de Cristóbal Colón, tras la cual la Corona se opuso a extender los privilegios del almirante a su hijo Diego. Eso hizo que la Corona seleccionase a Ponce de León para colonizar y gobernar la isla de Puerto Rico en 1509.

En 1508 Ponce de León fundó el primer asentamiento de Puerto Rico en Caparra, actual San Juan. La conquista y sometimiento de la isla fue en principio sencilla, pues el cacique más importante, llamado Agüeybana, se convirtió al cristianismo, pero los conquistadores, implacables y ávidos de riqueza, actuaron muy torpemente. Tras establecer en la isla un duro sistema de encomiendas obligaron a los indios a trabajar en las minas y en los campos, lo que diezmó a la población. Tras fundar pueblos y ciudades, Ponce de León, inició una intensa explotación de los yacimientos auríferos y de la tierra, que intentó poblar con colonos llegados de España. Pero a la muerte del cacique Agüeybane los indios se alzaron en una revuelta desesperada. La lucha fue brutal, aunque los debilitados aborígenes, a pesar de su valor, no pudieron hacer nada contra el acero castellano y sucumbieron tras una serie de durísimos combates que pusieron a prueba el temple de Ponce de León, quien tras la victoria ordenó duras represalias.

Tras la pacificación de Puerto Rico, dicen que Ponce de León se obsesionó con las leyendas que hablaban de una tierra situada al norte en la que se encontraban extraños manantiales que concedían la juventud eterna, «pues tornaban mozos a los viejos». En Puerto Rico había hecho una fortuna, pero no era suficiente para él. Las historias de aguas que curaban enfermedades y daban lozanía y juventud

le hicieron pensar que nada perdía intentando comprobarlas por su cuenta en las tierras del norte.

En realidad, las fábulas de manantiales de aguas purísimas que daban la salud y concedían vida eterna no eran nuevas ni en América ni en Europa, y parece que el mito de que Juan Ponce de León dirigió su primera expedición a la Florida por la llamada Fuente de la Eterna Juventud, se le atribuyó años después de su muerte. Ya en su *Historia general y natural de las Indias*, de 1535, Gonzalo Fernández de Oviedo escribió que el explorador palentino buscaba las aguas de Bimini para curar su impotencia. Muy parecido fue lo escrito en la *Historia general de las Indias* de 1551 por Francisco López de Gómara.

La consolidación de la leyenda es obra de Hernando de Escalante Fontaneda, quien publicó en 1575 una narración de lo que le ocurrió en un naufragio en las costas de Florida, en las que estuvo diecisiete años viviendo entre los indios de esa península norteamericana. Escalante afirmaba haber encontrado la Fuente de la Eterna Juventud y aseguraba que Ponce de León la había buscado. Su narración quedó incluida en la obra de Antonio de Herrera *Historia general de los hechos de los Castellanos*, publicada en 1615. Desde entonces, intentar separar a Juan Ponce de León de la leyenda de la búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud parece empeño inútil.

Durante los meses que siguieron a la rebelión de los indios de Borinquén, Ponce de León tuvo noticias del triunfo de Diego Colón en su apelación ante la Corte, y en consecuencia fue cesado en el cargo de gobernador de Puerto Rico. Indignado por lo sucedido, se negó a servir a Diego Colón y solicitó permiso a la Corona para dirigir una expedición de reconocimiento hacia el norte de Cuba y Puerto Rico, con rumbo a la misteriosa y desconocida *Tierra de Bimini*, de la que no se sabía nada, si bien se aventuraba que podía ser una isla.

El 15 de marzo de 1513, Ponce de León dejó San Juan en Puerto Rico y navegó más allá de las Bahamas, hasta alcanzar una tierra desconocida cuyo litoral se prolongaba hacia el norte. Por ser el día 27 de marzo —Domingo de Resurrección—, llamó al país descubierto Tierra de la Pascua Florida y el 2 de abril desembarcó cerca del actual Cabo Cañaveral, el lugar desde el que más de 450 años después partiría la expedición que llevaría por vez primera al hombre a la Luna.

Tras permanecer seis días en la zona, los hombres de Ponce de León exploraron la costa y comprobaron que los naturales eran peligrosos y se mostraban hostiles, por lo que embarcaron de nuevo y navegaron hacia el sur, siguiendo siempre la línea costera. Afortunadamente para ellos, se encontraban en una estación propicia en la que no había huracanes, y pudieron navegar sin problemas hasta alcanzar los cayos, el límite sureño de la península. El experto piloto de Ponce de León, llamado Antón de Alaminos, se dio cuenta de que si se adentraba en el océano una fuerte corriente les arrastraría con rapidez lejos del litoral. Aún no lo sabía, pero había descubierto la Corriente del Golfo, que ayudaría en el futuro de los galeones de las flotas de Indias en su viaje de vuelta a España.

Al llegar a los cayos, viendo que la costa se prolongaba otra vez hacia el norte, Ponce León decidió seguir costeando la península de Florida, pero esta vez en su lado oeste. Remontó el litoral hasta el Cabo Romano y alcanzó las cercanías de Pensacola, muy cerca ya de la actual frontera de Alabama. Tras levantar mapas y describir en su bitácora con precisión las tierras recorridas, retornó a La Habana antes de volver a Puerto Rico. Los datos que tenía, y los que él mismo se inventó, eran más que suficientes para conseguir el favor de la Corte y el apoyo para un nuevo viaje de exploración y conquista. Podía acreditar ante el rey Fernando el Católico experiencia y capacidad más que sobradas para llevar adelante una misión colonizadora que incorporase nuevas tierras a la Corona española. Así pues, el viejo paje del rey Fernando se encontró de nuevo ante el monarca, le planteó su proyecto y logró ser nombrado adelantado de La Florida, Bimini y la isla de Guadalupe, en el Caribe, pero durante unos años Ponce de León no pudo cumplir el sueño de llevar a buen término su proyecto de colonización. La muerte de su esposa le entristeció mucho y no quiso dejar solas y desamparadas a sus hijas, por lo que hasta comienzos de 1521 no partió hacia las tierras que se le había encomendado descubrir, poblar y explorar.

El 20 de febrero, Ponce de León salió de Puerto Rico de nuevo con rumbo al norte. Hay dudas acerca del lugar exacto en el que se produjo el desembarco en Florida; pudo ser en la desembocadura del Caloosahatchee, el norte de los Everglades, o en la isla de Sanibel. Con el conquistador iban colonos, aperos de labranza, material para construcción y misioneros que debían convertir a los indios. En total, 200 hombres y 50 caballos, además de vacas, cerdos, ovejas y gallinas.

La colonia no pudo prosperar. Los indios *calusas* se mostraron ferozmente hostiles y el pequeño establecimiento castellano sufrió constantes ataques, en los que el propio Ponce de León fue herido por una flecha envenenada. Tras abandonar Florida, los colonos marcharon a La Habana, donde el conquistador falleció. Su cuerpo fue llevado a San Juan de Puerto Rico, en cuya catedral está enterrado.

El viaje de Ponce de León tuvo una enorme importancia, no solo por el descubrimiento de la península norteamericana —aunque no fue el primer europeo que llegó a Florida, pues él mismo encontró a un nativo en 1513 que hablaba un *rudimentario castellano*—, sino también por el importantísimo hallazgo de la Corriente del Golfo —el *Gulf Stream*— que realizó su piloto Alaminos.

La Tierra de Chicora y el Cabo del Miedo

El descubrimiento de la Florida no dio a España en principio ninguna ventaja, pero teniendo, como aún tenía, el monopolio de la navegación en los mares americanos, podía permitirse elegir sus objetivos con relativa calma. Tras las fracasada expedición de Ponce de León pasó un tiempo hasta que se preparó la siguiente, que fue encargada a Lucas Vázquez de Ayllón, un toledano que había llegado a principios de siglo a Santo Domingo —cuando tenía poco más de treinta años—, donde había sido nombrado juez.

A lo largo de casi dos décadas, Ayllón se había convertido en un rico propietario de plantaciones de azúcar y era oidor de La Española, lo que le otorgaba una posición de hombre respetado. Eso motivó que en 1529 fuese a México para intentar un acuerdo entre Hernán Cortés y Diego Velázquez. Como es bien sabido fracasó, pero el éxito de Cortés le animó a intentar algo parecido, y logró que se le otorgara una licencia en 1523 para explorar la costa atlántica y buscar nuevos reinos que conquistar. El objetivo de la expedición era buscar y localizar un paso a las Islas de las Especies, en la latitud que hoy corresponde a los estados de Virginia y Carolina del Norte.

Ayllón no era navegante, por lo que contrató a un experimentado marino llamado Francisco Gordillo, a quien encargó la exploración preliminar de la costa este de América al norte de la Florida. Una vez equipada una carabela con todo lo necesario, Francisco Gordillo partió con destino a las desconocidas costas de América del Norte. Con él iba también un compañero de aventuras, Pedro de Quexo, que lideraba una nave, fletada por Juan Ortiz de Matienzo, que rastreaba las costas americanas en busca de algo de valor.

Tras localizar un punto adecuado en el que desembarcar, los expedicionarios pisaron tierra en las cercanías del Cabo del Miedo —Cape Fear— en Carolina. Allí tomaron contacto pacífico con los indios, pero movidos por su ambición y falta de escrúpulos capturaron con engaños a todos los que pudieron y los llevaron a La Española para que trabajasen en las minas y en las plantaciones como esclavos, y de esta forma suplir la angustiada falta de hombres que tenía la isla, pues las enfermedades traídas por los europeos estaban aniquilando a los nativos.

Las brutales acciones de Gordillo y de Quexo indignaron al gobernador de la isla, Diego Colón, ya que las leyes de la Corona de Castilla no permitían esclavizar a los naturales, pero enfadó también al promotor de la expedición, el propio Vázquez de Ayllón, puesto que traer esclavos no figuraba en absoluto entre las órdenes que llevaba Gordillo. Ayllón sospechaba que cuando se supiese en España lo ocurrido tendría problemas con la Corte, como así sucedió lo que le obligó a desplazarse a España y alegar en su defensa que no pretendía, en modo alguno, oponerse a las leyes del reino y a las instrucciones recibidas. Para defenderse mejor ideó además un plan que luego fue seguido por decenas de aventureros y navegantes en años posteriores y solía dar buen resultado. El truco consistía en describir el territorio explorado poco menos que como el paraíso terrenal.

Por tanto, Ayllón contó a los cortesanos y funcionarios de la Corte española que las tierras a las que había llegado Gordillo estaban habitadas por hermosos y civilizados indios, con los cuales era fácil comerciar y entenderse. Llamó al nuevo país descubierto Tierras de Chicora y afirmó que era un lugar parecido a las más fértiles vegas de Andalucía. Por si fuera poco, uno de los indios de la expedición de Gordillo, que se había convertido al cristianismo y bautizado como Francisco Chicota, ratificó lo dicho por Ayllón, quien de esta forma convenció a todos de la

posibilidad de conquistar un nuevo México, pero poblado por hombres pacíficos y no guerreros como los aztecas.

Una vez logrado el permiso real y comprometido a tratar con bondad y humanidad a los indios del nuevo país, Ayllón recibió autorización para dirigir una expedición a la Tierra de Chicora, con título de adelantado y licencia de conquista y colonización en una enorme franja de la actual costa este de los Estados Unidos. En las capitulaciones se comprometía a financiar la expedición y reclutar a los hombres que debían acompañarle, desde misioneros y soldados hasta familias de colonos. Dispuesto a triunfar a toda costa, Vázquez de Ayllón, que tenía ya 48 años, gastó su fortuna en armar y equipar cinco barcos en los que embarcaron 600 hombres y mujeres, más unos cuantos frailes dominicos¹ que debían convertir a los indios a la religión católica. Su expedición era por lo tanto mucho más poderosa que la que llevó Cortés a México y estaba mejor equipada, si bien no estaba formada por combatientes tan audaces como los que conquistaron el imperio azteca.

En 1526 partió Ayllón de Santo Domingo con rumbo al norte. Tras recorrer la costa perdió un barco que encalló en las cercanías del Cabo del Miedo y decidió desembarcar para construir otro con la madera de los árboles de la región. Pero al llegar a la zona muchos de los colonos descubrieron con horror que se trataba de una región pantanosa, llena de ciénagas y lodo, muy diferente de la fértil Andalucía que se les había ofrecido. Eso desató los primeros desórdenes, y el indio Francisco Chicota, que les servía de guía, les abandonó.

Pero Vázquez de Ayllón seguía dispuesto a continuar con su misión y ordenó navegar hacia el norte. Llegó al menos hasta la latitud 33° N antes de desembarcar y establecer una población. Sobre el lugar donde desembarcó hay todo tipo de conjeturas. Aunque fue el primer europeo en explorar y trazar un mapa de la bahía de Chesapeake —Virginia— a la que llamó Bahía de Santa María, sobre la ubicación exacta del pueblo y el fuerte que fundó existen muchas teorías. Para algunos estaba cerca de Jamestown, en Virginia, otros lo sitúan en la desembocadura del río Pedee y hay quien afirma que estuvo mucho más al sur, en Carolina, cerca de Georgetown. En realidad, la mayor parte de los investigadores y estudiosos actuales lo ubican en Georgia, en St. Catherines Island, donde se han encontrado los restos de dos fuertes españoles, uno de mediados del siglo XVI y otro anterior que parece corresponder al de Vázquez de Ayllón. En cualquier caso, con la fundación de San Miguel de Guadalupe en octubre de 1526 nacía el primer asentamiento europeo en la costa de los actuales Estados Unidos, casi un siglo antes del desembarco de los Padres Peregrinos del *Mayflower*. Además de los colonos, Ayllón llevaba esclavos negros para trabajar la tierra, por lo que también fue el primero en llevar africanos a América del Norte.

La época del año en la que desembarcaron los españoles era muy mala. Ya no se podía cultivar y no encontraron indios con los que comerciar. El frío y la sole-

¹ Uno de ellos era fray Antonio de Montesinos, famoso por atacar a los encomenderos en un sermón en Santo Domingo en el que defendió con vehemencia a los indios.

dad amenazaban a los colonos, entre los que pronto comenzaron las desavenencias. Los esclavos negros escaparon al interior y el desánimo cundió entre los pobladores del pequeño pueblo, que además comenzaron a ser hostigados por los indios.

El invierno de 1526 a 1527 fue muy duro y pronto llegaron el hambre, la enfermedad y la muerte, por lo que en primavera los supervivientes decidieron abandonar la empresa. De los 600 que llegaron a las costas de la Tierra de Chicora solo regresaron 150 a Santo Domingo y entre ellos no estaba Lucas Vázquez de Ayllón, muerto de fiebres en los brazos de un fraile dominico sin ver cumplidos sus sueños. Había fracasado, pero la historia le recordará siempre por haber sido el primer europeo en fundar un establecimiento en la costa atlántica de América del Norte y por haber explorado y recorrido una parte importante de las actuales Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

Francisco de Garay, Álvarez de Pineda y la Tierra de Amichel

El caso de Francisco de Garay es interesante. Tenía ya una gran experiencia en la región, pues había navegado con Cristóbal Colón en su segundo viaje a América y estaba emparentado con la nuera de éste, la mujer de Diego Colón, María de Toledo, que tenía también un lejano parentesco con el rey Fernando de Aragón. Pero lo que le abrió paso entre las decenas de aventureros ambiciosos y sin escrúpulos que pululaban por el Caribe fue haber descubierto oro cerca de su casa de Santo Domingo. El afortunado hallazgo le proporcionó dinero suficiente para convertirse en un prominente hombre en la colonia. Garay logró autorización para la conquista de la isla de Guadalupe, en la que fracasó, si bien sus influencias le facilitaron ser alcalde mayor de la isla de La Española y más tarde del fuerte Yáquimo, pero ambicionando cargos de mayor importancia marchó a España, de donde regresó a América con el cargo de gobernador de Jamaica y administrador de las propiedades reales.

En tanto esperaba el nombramiento oficial, Garay armó dos carabelas con la excusa de apoyar las comunicaciones de Jamaica con España y las islas del Caribe, aunque se sospechaba que, por su equipamiento, los barcos parecían estar destinados a exploraciones de mayor importancia.

Los rumores de la existencia de ricas tierras en el continente corrían como la pólvora en las islas, y tras las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva a las costas del Yucatán ya estaban todos convencidos de que había reinos poderosos y ciudades en los que sería posible lograr grandes riquezas. Uno de los hombres fascinados por estas historias había sido Francisco de Garay, quien poco después de la partida de Cortés con rumbo a las costas de México preparó cuatro barcos que puso en las expertas manos de Alonso Álvarez de Pineda, con una tripulación de 270 hombres con los que marchó hacia las costas del Golfo de México. Su destino era un país misterioso envuelto en la leyenda que se extendía al noroeste de las islas de Cuba y Jamaica, una tierra extraña y extensa que ocupaba lo que hoy son las costas de los estados de Texas, Luisiana, Alabama y Florida.

Navegando hacia el noreste, la cuatro naves de Alonso Álvarez de Pineda alcanzaron las costas del este de Florida. Siguiendo la costa, los expedicionarios llegaron hasta el actual Mobile, y quedaron asombrados al llegar a la desembocadura de un río gigantesco al que llamaron Espíritu Santo. Habían descubierto el delta del Misisipi.

Bordeando siempre hacia el oeste las costas de Luisiana y Texas, Pineda encontró otro gran río al que llamó Río de las Palmas —el Río Grande—. Lo remontó y entró en contacto con los naturales. Luego navegó hacia el sur para alcanzar la posición de Hernán Cortés en la costa en Veracruz. Allí la mayor parte de sus hombres fueron capturados por los soldados del ambicioso hidalgo extremeño, pero Álvarez de Pineda logró escapar y tras recorrer de nuevo hacia el norte el Golfo de México partió con rumbo a Jamaica, donde presentó un relato de sus descubrimientos muy optimista. A todas la inmensas costas que había explorado las llamó Tierra de Amichel.

Aprovechando la información de la que ahora disponía, Garay contaba con información suficiente para intentar una aventura como la de Cortés, por lo cual ese mismo año envió a Diego de Camargo, al mando de otra expedición, para fundar colonias en la boca del río de las Palmas y establecerse en la Tierra de Amichel. La expedición consistía en 3 barcos, 150 soldados de a pie, 7 jinetes, un cañón ligero, materiales de construcción y varios maestros albañiles. Su misión era edificar un fuerte, convertir a los nativos del interior y situar al norte de la región que ocupaba Cortés un punto fuerte dependiente del gobernador de Jamaica. Pero este pequeño asentamiento en la frontera entre Texas y México no prosperó. Aislados en una zona desconocida y atacados incesantemente por los indios, Camargo no resistió más y tras embarcar con los supervivientes se dirigió al sur, al puerto de Veracruz. La navegación fue desastrosa, castigado por las tormentas perdió dos buques y la tripulación y los soldados del que quedaba se unieron a los hombres de Cortés nada más llegará a Veracruz. Abandonado por todos, decepcionado y enfermo, Camargo murió sin lograr nada positivo.

Ignorando lo ocurrido, el tenaz Francisco de Garay contaba con algo que nadie tenía, la información de primera mano facilitada por el viaje de exploración de Álvarez de Pineda, por lo que pidió autorización a España para intentar la colonización de la Tierra de Amichel, a la que se dirigió el 14 de julio de 1523 con una flota poderosa de 11 buques y con 750 hombres reclutados en Jamaica. Convencido de que Camargo había tenido éxito, llegó a la boca del río de las Palmas casi tres años después de que sus hombres hubiesen sido expulsados de la zona.

En realidad Francisco de Garay jamás pisó el suelo de Texas, pero, erróneamente, muchos historiadores están convencidos de que alcanzó la desembocadura del Río Grande, cuando en realidad solo desembarcó en la boca del Pánuco. Sufriendo vientos contrarios llegó a unos 240 kilómetros al sur de la frontera entre Estados Unidos y México, en la desembocadura del Soto de la Marina, que confundió con el Río Grande de Álvarez de Pineda. Desde lo que hoy se llama Boca Chica, Garay envió una expedición exploradora para localizar don-

de estaban los hombres de Camargo y hallar un lugar idóneo para la nueva villa que deseaba fundar.

Pero las noticias que trajeron los exploradores a Garay no eran buenas. Habían encontrado el lugar en que se habían establecido los de Camargo, pero estaba abandonado. Garay, desilusionado, abandonó los planes para crear un asentamiento en el río de Las Palmas, a pesar de que muchos de sus compañeros eran partidarios de quedarse allí.

Tras marchar al sur por tierra hacia el río Pánuco, Garay se encontró con las avanzadillas de Cortés, que habían fundado una población bautizada como Santiesteban del Puerto, donde casi todos sus hombres desertaron y se unieron a los del conquistador extremeño. Abandonado por la mayoría de la expedición, marchó a México. Allí Cortés lo trató con hospitalidad y cortesía y aceptó negociar con él la colonización del río Las Palmas. Aunque se alcanzó un acuerdo amistoso, no sirvió para nada pues Francisco de Garay falleció de neumonía el 27 de diciembre de 1523, y la colonización de la Tierra de Amichel quedó en el olvido.

Gracias a los descubrimientos de Álvarez de Pineda, los cartógrafos de la Corte española disponían de una información adecuada del litoral de lo que hoy son los Estados Unidos y México desde los cayos de Florida hasta la península del Yucatán. El territorio que comenzaba a dibujarse en los mapas era gigantesco, muchísimo mayor que cualquier reino de Europa y, si era como México, ocultaría riquezas incalculables. Ahora faltaba saber dos cosas. La primera, cómo era con exactitud la costa que recorría el océano Atlántico desde Florida a las pesquerías de Terranova, y la segunda, saber si existía un paso que llevase al Mar del Sur y por lo tanto directamente a las Islas de las Especies. El hombre elegido por el monarca para tal misión, era un navegante portugués que hasta el momento no había sido muy afortunado. Se llamaba Esteban Gómez.

Esteban Gómez y la búsqueda del paso del Noroeste

Resulta difícil en una época como la nuestra valorar a hombres como Esteban Gómez. Es fácil recordar nombres como Cortés y Pizarro, pero a veces se olvida que ellos no fueron sino los líderes más afortunados de una generación asombrosa de personajes marcados por su fe en el destino, con una sed de aventura y de conocimiento descomunal. Hombres cuya audacia, valor e imaginación superan a los de cualquier otro tiempo de la historia.

Nacido en Oporto, Esteban Gómez, navegó en los barcos que iban hacia África en los primeros años del siglo XVI. Aunque se conoce poco de su juventud, salvo el hecho de que en 1518 se había trasladado a España, donde estaba bien considerado como piloto por la Casa de Contratación de Sevilla, debía de tener un gran prestigio, pues fue seleccionado para mandar la nao *San Antonio* en el viaje de Magallanes para dar la vuelta al mundo. Lo que ocurrió con la *San Antonio* antes de llegar al estrecho que lleva el nombre del gran navegante portugués en la Tierra del

Fuego es bien conocido. Gómez desertó de la expedición y navegó de vuelta a España, donde llegó en mayo de 1521. Por supuesto, fue de inmediato encarcelado, y solo quedó en libertad cuando los tripulantes de la nao *Victoria* de Elcano, el único buque que regresó tras circunnavegar el globo, relataron su espantoso viaje.

Gómez tenía que ser además de un buen navegante y un personaje con grandes dotes de convicción, como lo prueba el hecho de que lograra engatusar al emperador Carlos para que financiase un viaje con destino a la búsqueda del paso que debía de unir el Atlántico con el Pacífico, a bordo de una nave de 50 toneladas especialmente diseñada para tal propósito que bautizó como *La Anunciada* y con la que partió de La Coruña en septiembre de 1524. Con una tripulación de 29 experimentados marineros, su buque atravesó el Atlántico en línea recta con dirección a la actual Nueva Escocia, en Canadá, desde donde decidió costear rumbo sur tras navegar por el Estrecho de Caboto y el Cabo Bretón en febrero de 1525, deteniéndose en la zona para pasar el invierno. Navegando a lo largo de la actual costa de Nueva Inglaterra, alcanzó Maine y el estuario del río Penobscot, y penetró en el puerto de Nueva York, donde quedó fascinado con el Hudson, al que llamó río de San Antonio, por el cual navegó unos días. Terminado este reconocimiento, recorrió las costas de Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania, a las que, con escasa modestia, llamó Tierras de Esteban Gómez, nombre que conservarían por unos años.

Navegando siempre con rumbo sur, entró en la bahía de Chesapeake. Allí fondeó para reparar *La Anunciada*, y prosiguió hasta llegar a las más conocidas costas de Florida, en los que dio por concluido su periplo antes de regresar a España. Había realizado una navegación casi perfecta, un viaje que le convirtió en el mejor conocedor del inmenso continente que se extendía al norte de Cuba.

No había encontrado el paso entre los dos océanos, pero casi daba igual. Había visitado las costas del territorio que hoy conocemos como Nueva Inglaterra cien años antes de que los Padres Peregrinos llegasen a la Roca de Plymouth, y los datos que aportaría a los cartógrafos de la Corte española serían vitales para tener un conocimiento exacto de la costa oriental de América del Norte. No es de extrañar la perfección del mapamundi portugués de Diego Ribero, de 1529, que se basó en su información².

Por lo tanto al comenzar la década de 1530 la Corona de España tenía de hecho el monopolio del conocimiento del subcontinente norteamericano, sus navegantes habían recorrido sus costas desde el Río Grande hasta Nueva Escocia, examinado puertos y fondeaderos e internándose en sus ríos. Habían buscado elementos geográficos significativos y levantado cartas náuticas, mapas y planos. Ahora se trataba de aprovechar la ventaja antes de que otras naciones europeas despertasen de su letargo e intentasen competir con la potencia ibérica.

² Incansable explorador y aventurero, Esteban Gómez murió en 1538 al otro extremo del continente americano, en el río Paraguay, cuando formaba parte de la expedición de Pedro de Mendoza.

1.3. Hernando de Soto: la búsqueda del *Más Allá*

HERNANDO DE SOTO es el arquetipo del conquistador hidalgo y pobre, duro e implacable, que despreciando el riesgo se abre camino en América con su espada, forja su propio destino y obtiene fama y riqueza, aunque al final vea truncados sus mejores sueños por la imposibilidad de encajarlos a su enorme ambición, y muera en el empeño. El precio lógico a pagar por su osadía.

La fecha del nacimiento de Soto no se sabe exactamente, aunque se establece entre 1496 y 1500. En cuanto al lugar, casi con total seguridad se sitúa en Jerez de los Caballeros, en la provincia de Badajoz, aunque uno de sus primeros biógrafos, el Inca Garcilaso de la Vega, diga que nació en Villanueva de Barcarrota, pequeña villa situada a 49 kilómetros de la capital pacense, de la que procedía la rama paterna.

La familia del personaje era de origen burgalés. Hidalgos sin riqueza entre los que se contaban abundantes antepasados capitanes y funcionarios al servicio de la Corona. De ellos, el más ilustre había sido Pedro Ruiz de Soto, un caballero que sirvió con las armas al rey de Castilla y León, Fernando III, en el siglo XIII. Hernando era el segundo hijo de cuatro hermanos (un primogénito y dos hermanas menores) habidos en el matrimonio formado por Francisco Méndez de Soto y Leonor Arias Tinoco. De sus hermanos, el mayor, Juan Méndez de Soto, llegaría a ser regidor de Jerez de los Caballeros —nombrada en ese tiempo Jerez de Badajoz—. En cuanto a sus dos hermanas una de ellas, María, estuvo casada con el regidor de Badajoz, Alonso Enríquez.

Muy poco es lo que nos ha llegado de los primeros años de Hernando. Parece ser que lo tomó bajo su protección Pedro Arias de Ávila, gobernador de Darién, mencionado también en las crónicas como Pedrarías de Dávila, y al que acompañó en 1514 en el viaje a Panamá. Aparte de contar con el favor de su protector, el único equipaje de Hernando cuando llegó a América era su espada. Cuentan, y es muy probable, que tuvo que pedir dinero prestado para viajar al Nuevo Mundo, pues los recursos económicos de la familia, tras la temprana muerte del padre, eran muy escasos.

En 1516, Hernando fue nombrado capitán de una unidad de caballería con la que participó en la conquista de algunos territorios de América Central, y en

1523 acompañó a Francisco Fernández de Córdoba en una exploración por Nicaragua y Honduras que ordenó Pedrarias desde Panamá. La empresa se saldó con violencia, y Soto tuvo que enfrentarse a una facción rebelde, a la que derrotó, encabezada por el oficial Gil González, quien había decidido separarse del grupo principal y actuar por su cuenta. Una acción que su protector Pedrarias le agradeció. No tardó mucho el audaz Soto en mandar expedición propia cuando en 1528 exploró las costas de Yucatán en busca de un estrecho que conectase directamente los océanos Atlántico y Pacífico. Poco después se unió, como capitán destacado, a la expedición de Francisco Pizarro que salió de Panamá a la conquista del Perú, algo que supuso un importante giro en su vida y le haría un hombre rico.

Enviado por Pizarro al mando de una pequeña fuerza de caballería para explorar las tierras altas del Perú, Soto descubrió el camino real que llevaba a Cuzco, la capital de los incas, y fue el primer español que se entrevistó con Atahualpa, señor de aquel imperio. Dicen que Soto se enemistó con Pizarro y sus hermanos por haber dado estos garrote a Atahualpa, a pesar del fabuloso tesoro que el Inca pagó por su rescate, y se sintió muy disgustado al conocer la ejecución. Lo cierto es que tuvo un papel destacado en los combates que completaron la conquista del Perú y en el asalto a Cuzco. En 1536, tras recibir su parte del cuantioso botín que cayó en manos de los españoles, regresó a España cargado de oro y convertido en un potentado.

Disponer de fortuna permitió a Hernando de Soto instalarse en Sevilla y emparentar con una de las familias más linajudas de Castilla, al casarse, en noviembre de 1536, con Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, lo que reforzó su posición social y le abrió puertas en la Corte. En apariencia, a Soto le esperaba una vida regalada y tranquila para el resto de sus días, pero eso era algo que no entraba en sus planes. Lo que de verdad ansiaba era igualar a Cortés y Pizarro, y el Inca Garcilaso lo cuenta diciendo que, después de haberse hecho rico en Perú, «no contento con lo ya trabajado y ganado», deseaba emprender otras hazañas iguales o mayores.

Le movía sobre todo —dice el cronista— la «generosa envidia y celo magnánimo de las hazañas nuevamente hechas en México por el marqués del Valle don Hernando Cortés y en el Perú por el marqués don Diego de Almagro, las cuales él vio y ayudó a hacer. Empero, como en su ánimo libre y generoso no cupiese súbito, ni fuese inferior a los ya nombrados en valor y esfuerzo... dejó aquellas hazañas, aunque tan grandes, y emprendió estotras para él mayores, pues en ellas perdía la vida y la hacienda que en las otras había ganado».

El ansia de acrecentar fama y riquezas se vio espoleada cuando llegaron a Sevilla las historias del asombroso recorrido de Cabeza de Vaca por el sur de lo que hoy son los Estados Unidos, en la vasta región que empezaba a ser conocida como Florida. Esos relatos avivaron su ambición de conquistar una tierra que imaginaba tan rica como el Perú. Fue entonces cuando decidió vender todas sus propiedades en España y dedicarse a preparar una expedición para regresar a América,

pero antes tenía que contar con el beneplácito real. Moviendo convenientemente las influencias del dinero y las familiares, Hernando de Soto consiguió en 1538 una entrevista con el emperador Carlos V, a quien pidió autorización para organizar una expedición a Florida. Ofreció al monarca costear con sus propios medios la conquista de ese territorio, y a cambio la Corona obtendría el cincuenta por ciento de las ganancias de la empresa. El emperador, satisfecho con el trato, lo nombró adelantado, capitán general de todas las tierras descubiertas y gobernador de Cuba.

En la nueva aventura, Soto comprometía gran parte de su fortuna, pero en caso de éxito sería dueño de un inmenso territorio, prácticamente todo lo que había al norte del virreinato de Nueva España.

La partida

No le fue difícil al capitán extremeño reunir una tropa de soldados dispuestos a abrirse camino con sus armas en la lejana América. Soto les había dicho que había más oro en Florida que en México y Perú juntos, y todos pensaban al iniciar la empresa que iban camino del Paraíso. Salieron de Sanlúcar de Barrameda el 6 de abril de 1538 con once naves y 950 hombres de armas, ocho sacerdotes seculares, dos dominicos, un franciscano y un trinitario. El barco insignia era el *San Cristóbal*, de 800 toneladas, y en la expedición iban también Inés de Bobadilla y otras damas nobles.

A finales de mayo los barcos llegaron a Santiago de Cuba. En la isla, Soto estuvo un año arreglando asuntos de gobierno y preparándose para la gran aventura. Recorrió la región de Santiago y tomó medidas para mejorar su estado. Reparó los destrozos de La Habana, que había sufrido un ataque francés, y encargó la construcción de una fortaleza para la defensa del puerto. Siempre con la mira puesta en la gran empresa que tenía en mente, envió una expedición exploratoria a Florida al mando de Juan de Añasco, experimentado marino, con el encargo de hallar un lugar de desembarco seguro. Añasco regresó a La Habana pocos meses después e informó favorablemente de su cometido.

Luego de hacer testamento y dejar a su esposa como gobernadora de Cuba, Hernando de Soto partió el 18 de mayo de 1539 desde La Habana a Florida con una flota de 9 barcos que transportaban unos 650 hombres y 223 caballos. Era la expedición mejor equipada de todas las que habían partido hasta entonces desde Cuba a la conquista del Nuevo Mundo. Llevaba artesanos, sacerdotes, un ingeniero y algunos granjeros, además de varias toneladas de víveres, herramientas, armas, vacas, mulas, cerdos y algunos perros feroces que provocaban el terror de los indios.

Pronto se dieron cuenta los expedicionarios de que Florida no era la tierra del oro prometida, sino un lugar malsano, húmedo y pantanoso, de calor sofocante y plagado de serpientes y mosquitos. Además, los indios se mostraban hostiles. Aun recordaban la brutalidad con que habían sido tratados por la expedición de

Pánfilo de Narváez, que había recorrido en 1528 el interior de la península de Florida y la región de los Apalaches con resultados funestos. Pero la desastrosa aventura de Narváez y sus compañeros no disuadió a Soto y sus hombres que, como era común en los españoles hidalgos de la época, consideraban un buen signo lo arriesgado de la empresa, pues mayores serían la recompensa y la fama.

Esta vez, Soto trató de atraerse a los indios, aunque desconfiara siempre de ellos y utilizase la mano dura al menor síntoma de amenaza o cuando las necesidades de sus hombres lo exigían. Con frecuencia, además, los españoles de la expedición capturaban como rehenes a los jefes de las tribus que les salían al paso, y les obligaban a marchar con ellos para protegerse, lo que provocaba mucho rechazo y alarma entre los indios.

Un viaje infernal

Desde La Habana, la expedición navegó hasta divisar tierra el 25 de mayo de 1539 y desembarcar en la bahía de Tampa, a la que llamaron del Espíritu Santo. Desde ese punto, Soto se internó en la parte occidental de Florida con la intención de llegar al territorio de Apalache, junto al Golfo de México. Fue la primera etapa de una expedición que en menos de cinco años recorrió gran parte del sureste de Norteamérica y atravesó los actuales territorios de Florida, Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Alabama, Misisipi, Kentucky, Missouri, Arkansas, Texas, Luisiana, Indiana, Ohio e Illinois, hasta la región de Chicago, junto al lago Michigan. Un viaje alucinante del que muchos no volvieron, y que abrió a los españoles gran parte de lo que ahora son los Estados Unidos.

En el área de Tampa, los expedicionarios encontraron a un Juan Ortiz, superviviente de la expedición de Narváez prisionero de los indios, que les sirvió de intérprete. Los españoles quedaron sorprendidos cuando, al cargar contra un grupo de indígenas oyeron la voz de un hombre que gritaba en castellano: «Soy cristiano! ¡Soy cristiano! No me matéis». El cristiano con aspecto de aborigen resultó ser Ortiz, nativo de Sevilla y cautivo de los indios desde hacía varios años. Soto le proporcionó ropas y un caballo y lo nombró su ayudante personal.

Ortiz se había salvado de morir gracias a la intervención de una hija del cacique indio de la tribu Ucita, que impidió que lo quemaran vivo y al parecer se enamoró de él. Esta historia, copiada del relato anónimo que el *cronista de Elvas* dejó escrito, fue divulgada por los anglosajones 200 años después para forjar la leyenda de la princesa Pocahontas, popularizada por el cine.

En el verano de 1539, continuando su marcha por el interior de Florida, Hernando de Soto enfrentó una resistencia de los indios mucho mayor de la esperada. Ambas partes pagaban crueldad con crueldad. Si Soto y sus hombres eran a veces despiadados, los indios se vengaban sacrificando ferozmente a cualquier español que cayera en sus manos. El primer campamento de invierno de Hernando de Soto se instaló en Anhaica, capital de Apalaches, cerca del lago Tallahas y de la Bahía de Caballos —Bay of Horses—, así llamada porque fue donde la tropa de Nar-

váez tuvo que devorar a sus propios corceles para sobrevivir. Este es también el único lugar donde los arqueólogos han hallado rastros físicos de la presencia de la expedición española.

En octubre de 1539, una vez alcanzado territorio Apalache, Soto envió de vuelta a Juan Añasco con treinta hombres a la bahía de Espíritu Santo, donde habían quedado los barcos y una parte de la expedición. La orden era zarpar con esos barcos hasta llegar a la bahía de Aute, donde debería reunirse Pedro Calderón, que avanzaba por tierra desde la costa con provisiones y equipo de acampada.

Añasco alcanzó Aute y allí se le unió Calderón, según lo acordado. Soto entonces envió al capitán Diego Maldonado al mando de dos barcos para explorar la costa de Florida al oeste de Aute, y levantar un mapa de sus bahías y ensenadas. Maldonado cumplió con éxito esta misión y luego fue enviado en febrero de 1540 a La Habana para informar de su viaje. Soto también le ordenó regresar en octubre para reunirse con la expedición en la bahía de Achusi, que el mismo Maldonado había descubierto en su navegación exploratoria, y abastecerla de provisiones, vestimenta y municiones.

El capitán cumplió estas órdenes al pie de la letra, pero cuando llegó a Achusi no encontró a Soto, que había partido meses antes de Apalache para explorar el inmenso territorio que se extendía hacia el norte. Maldonado esperó durante un tiempo, y en vista de que Soto no aparecía regresó a La Habana. Lo intentó de nuevo al año siguiente y luego al otro, sin resultado, lo que dejó a los expedicionarios incomunicados con Cuba y abandonados a su propia suerte.

En marzo de 1540, Soto abandonó el campamento de invierno en Anhaica y se dirigió al noreste pensando que allí encontraría minas de oro. Eso le llevó a través de Georgia y Carolina del Sur, a lo largo de los Montes Apalaches, hasta la actual Columbia. Un azaroso recorrido que no se vio recompensado por ningún hallazgo de metales preciosos, y en el que a veces los expedicionarios tuvieron que abrirse camino matando para obtener comida. Cuando llegaron al río Flint, construyeron balsas de madera y lo cruzaron. Desde allí siguieron al pantano de Chickasawhatchee, llegaron al poblado de Capachequi y continuaron hacia el noreste, siguiendo la orilla oeste del río Flint hasta cerca de la actual Montezuma. Allí volvieron a cruzar el río y llegaron al territorio de Toa el 23 de marzo.

El avance prosiguió en dirección norte hasta alcanzar el río Ocmulgee y remontar su corriente hasta el territorio de los indios Ichisi, cuyo poblado principal parece haber estado en la actual Macon. De Ichisi siguieron al noreste hasta el río Oconee, donde encontraron a las tribus de *Altamaha*, *Ocute* y *Patofa*, y desde Ocuta los españoles continuaron hacia el este para cruzar el río Savannah varias millas al norte de la actual Augusta.

Los españoles remontaron el Savannah y después giraron al oeste, cruzaron el norte de Georgia a través del país Cherokee y entraron en el pueblo de Chiaha, situado en la moderna Roma, donde fueron bien recibidos por el cacique de turno, que les proporcionó ayuda y alimentos. Estuvieron 30 días en Chiaha y luego



marcharon hacia el este y entraron en Alabama. Pronto hallaron la fértil planicie de Coosa, a finales de julio de 1540. El cacique de ese territorio recibió a los españoles con toda clase de atenciones, e incluso propuso que se fundara una colonia española en sus dominios, pero Soto declinó el ofrecimiento. Sus hombres no querían ser granjeros. Lo que deseaban era encontrar una tierra donde hubiera oro en abundancia. Algo que creían tener al alcance de la mano y les impulsaba a caminar sin descanso ni meta fija.

Pero la resistencia de los indios iba en aumento a medida que progresaba el recorrido. Cuando De Soto pidió al poderoso cacique Acuera, de la tribu *Muscogee*, una entrevista amistosa, recibió una respuesta altiva: «Soy rey de mi propia tribu y nunca seré vasallo de un mortal como yo mismo». Los españoles pasaron tres semanas en los dominios de Acuera sitiados por los indios, y perdieron 14 hombres en emboscadas y escaramuzas, cuyas cabezas fueron llevadas al cacique clavadas en una pica.

Pasando por la actual Piedmont y el oeste de Carolina del Norte, Soto y sus hombres llegaron a Chalague—suroeste de Charlotte—, Guaquili—cerca de Hickory— y Joara o Xuala—cerca de Morganton—. Después de reponer fuerzas en este lugar se dirigieron a las montañas y cruzaron los ríos French Broad, Toe y Noli-chucky, hasta alcanzar el valle del Tennessee por el este de Newport. En ningún sitio hallaron oro o plata, aunque sí algunas perlas.

La batalla de Mobile

En octubre de 1540 los españoles llegaron a Manbila o Mauvila—actual Mobile—una ciudad amurallada situada posiblemente en lo que hoy es Choctaw Bluff, en el condado de Clarke, norte de Alabama, a unos 40 kilómetros sobre la confluencia de los ríos Alabama y Tombigby. El jefe del lugar era el cacique Tuscalosa o Tascaluza, un gigante de la tribu *Choctaw*, al que apodaban Guerrero Negro, que recibió a la expedición con gran pompa e invitó a los españoles a descansar en el poblado. Al tercer día, Soto y sus hombres prosiguieron viaje acompañados del propio cacique, y al cabo de unas cuatro leguas llegaron a un pueblo llamado Tascaluza, de donde le venía el nombre al jefe de aquella tribu. El pueblo—dice el Inca Garcilaso—era fuerte y estaba asentado en la península de un río poderoso.

Dos soldados desaparecieron, y Soto entendió que Tascaluza lo engañaba y solo esperaba la ocasión propicia para acabar con los españoles. Al día siguiente, envió a dos exploradores para reconocer el pueblo de Mauvila, situado a legua y media de Tascaluza, donde el cacique había reunido a más de diez mil guerreros provistos de flechas, jabalinas y mazas con intenciones poco claras, aunque los españoles no se fiaban y estaban apercebidos.

Mauvila estaba rodeado de una gran cerca de gruesos maderos protegida por torres, y tenía dos puertas y una gran plaza. A ella llegó Soto con cien jinetes y

cien infantes acompañado del cacique, que aparentaba buena voluntad, pero el jefe español, consciente de que los indios le habían preparado una encerrona, no se dejó engañar y permaneció alerta.

La creciente tensión con los indios de Tascaluza se resolvió cuando Soto envió recado con Juan Ortiz al cacique pidiéndole un encuentro para comer juntos. Como el cacique rehusara de malos modos la invitación, empezó la batalla. Los indios se batieron bien y lograron expulsar a los españoles del poblado. Pero Hernando de Soto, aunque herido de un flechazo en las nalgas que le impedía asentarse en la silla de montar, cargó con su caballería sobre la masa de indios y los rechazó hasta la ciudad. La pelea cuerpo a cuerpo duró nueve horas. De Soto reagrupó sus fuerzas en cuatro grupos que cargaron contra las puertas y consiguieron entrar en la ciudad, donde se produjo una horrible carnicería. Muchas casas fueron incendiadas. Tras una feroz batalla el poblado quedó destruido por el fuego. Cuando llegó la noche, la ciudad era un campo de muertos. Mauvila estaba en ruinas y sus habitantes habían perecido tras combatir bravamente y con desesperación hasta el final.

Todos los españoles resultaron heridos, 90 de ellos graves, y en total murieron 82 hombres (aunque algunas crónicas rebajan esa cifra a la mitad) y se perdieron 45 caballos. Como las medicinas, vendas e hilas de la expedición se habían quemado en el incendio que destruyó la ciudad, muchos heridos tuvieron que ser curados con la grasa de los cadáveres indios —el «unto de indio»— abiertos en canal, que les sirvió de ungüento a falta de otra cosa.

En cuanto al número de indios muertos en la batalla, las cifras varían mucho. Algunas crónicas hablan de 2.500, aunque Garcilaso dice que perecieron «a hierro y a fuego» unas 11.000 personas⁷, la mayoría dentro del pueblo, pero también en los alrededores. «Cuatro leguas en circuito —escribe el cronista—, en los montes, arroyos y quebradas, no hallaban los españoles, yendo a correr la tierra, sino indios muertos y heridos ... que no habían podido llegar a sus casas, que era lástima hallarlos aullando por los montes sin remedio alguno».

Casi tres semanas estuvieron los españoles recuperándose de la batalla entre los restos humeantes de la ciudad. Habían perdido la mayor parte de sus pertrechos y provisiones, y se encontraban en un territorio desconocido, rodeados de enemigos. En esto, a Soto le llegaron nuevas de que los navíos de Maldonado estaban cerca, a solo unas treinta leguas en la costa, y decidió ir a su encuentro. Pero sus hombres estaban exhaustos, harapientos y desilusionados por no haber encontrado en Norteamérica otra cosa que indios belicosos y penalidades. Algo muy diferente a los tesoros que habían esperado hallar.

Muchos de los soldados se confabularon secretamente para abandonar la expedición y regresar a Cuba o México. Enterado Soto del motín que se preparaba, cam-

⁷ Cálculos actuales estiman en 2.000 los indios abatidos tras las 9 horas de lucha y en 6.000 los «cazados» y ejecutados después. En cualquier caso un verdadero espanto. No hubo nada igual en América del Norte hasta la Guerra Civil Americana más de 300 años después.

bió de planes, y en vez de dirigirse a la costa para encontrarse con los barcos de Maldonado llevó a sus hombres hacia el interior, y prohibió bajo pena de muerte cualquier mención a los navíos, sabiendo que la desertión sería imposible si los revoltosos no disponían de barcos.

En noviembre de 1540, la expedición prosiguió su marcha hacia el norte, luchando por cada metro de su avance a través de la tierra de los *choctaws*. Tras cruzar las fértiles tierras altas del Misisipi, alcanzó los afluentes del río Yazoo, en el condado de Yalobusha, y acampó frente al poblado de Chickasa o Chicaza, capital de la nación india del mismo nombre, situado en el noroeste del actual estado de Misisipi, cerca del río Black Warrior. En su orilla se había congregado un gran número de indios dispuestos a vengar la destrucción de Mauvila.

Tras una dura batalla, los españoles pudieron cruzar el río y entraron en Chicaza en los primeros días de diciembre de 1540. Durante dos meses, con frío y nieve, estuvo la tropa de Soto alojada en el sitio, hasta que finalmente los indios les arremetieron con hachas y flechas incendiarias en una dura batalla nocturna. Los españoles perdieron cuarenta hombres, casi todo el bagaje y más de cincuenta caballos, y tuvieron muchos heridos. Garcilaso menciona también que, además de la pena que los soldados sintieron por la muerte de sus compañeros y la pérdida de los caballos, los llenó de lástima la suerte de la única mujer española de la expedición, Francisca de Hinestrosa, casada con el soldado Hernando Bautista, que esos días estaba a punto de dar a luz. Al producirse el ataque nocturno, el marido salió a pelear y acabada la batalla, cuando regresó a reencontrarse con su esposa, la halló carbonizada por el fuego desatado durante el combate.

En Chicaza estuvieron los españoles aguantando las heridas y la inclemencia del invierno hasta finales de marzo, sin apenas ropa de abrigo, y la situación empeoró. «El más bien parado —escribe Garcilaso— no tenía sino unas calzas y jubón de gamuza, y casi todos descalzos sin zapatos ni alpargatas, fue cosa increíble el frío que padecieron y milagro de Dios no perecer todos».

En abril, de 1541, Soto ordenó dirigirse al noroeste, donde pensaba que hallaría la tierra del ansiado oro. Los indios, desesperados, libraron otra batalla en una ciudad llamada Alibamo, pero pudo seguir avanzando, y probablemente el 8 de mayo alcanzó las orillas del Misisipi —que los españoles llamaron Río Grande— en el condado de Tunica, al sur de San Luis, cerca de Chickasa Bluffs. El poderoso río, que había avistado por primera vez Alonso de Pineda en 1519, admiró a los españoles, que tardaron veinte días en cruzarlo, ya que necesitaron construir barcas y piraguas y hacer frente a más de 6.000 indios que defendían el paso.

Ofuscado, como todos sus hombres, por encontrar una tierra rica en oro y pensando que el Mar del Sur —Océano Pacífico— estaba cerca, Hernando de Soto cruzó el Misisipi, atravesó las lagunas de Arkansas, escaló las colinas de Ozark, penetró por el oeste casi hasta las laderas de las Montañas Rocosas y pasó el invierno de 1541-42 en el poblado de Utiangue, actual Camden o Calion, en Arkansas.

**HERNANDO DE SOTO:**

Estremeno: uno de los descubridores y conquistador del Perú; recorrió toda la Florida y venció a sus naturales invencibles hasta entonces; murió en su expedición el año de 1542, a los 42 de su edad.

Hernando de Soto
The Granger Collection, New York

Gran jinete, excelente táctico y dotado de un espíritu indómito y feroz, De Soto. Cuando desembarcó en Florida tenía una experiencia enorme en América, pues acompañó a Pedro Arias Dávila a Panamá cuando sólo tenía 14 años. Luego estuvo en Nicaragua, Honduras y Perú. Recorrió una parte considerable del Sur de los actuales Estados Unidos y fue el primer europeo que vio el Misisipi.

Tras ese invierno, el rumbo de la expedición se hizo cada vez más indeciso, como correspondía a la desesperada búsqueda de un paraíso de riquezas cuya ubicación se les escapaba. En el interior del territorio de río Caddo los expedicionarios entraron en contacto con la aguerrida tribu india Tula, y durante un año, Soto exploró esa tierra que ningún hombre blanco había pisado nunca, aunque sus sueños de riqueza parecían cada vez más lejanos y sus ilusiones se iban desvaneciendo a medida que pasaban los días. En mayo de 1542, la expedición volvió sobre sus pasos y retornó al Misisipi, en un punto un poco al norte de la desembocadura del río Arkansas. Sobre la orilla izquierda del gran río, en el actual condado de Bolívar, estado de Misisipi, el conquistador eligió un sitio donde fundar una colonia entre una tribu de indios hostiles adoradores del sol, pero el proyecto fracasó.

Descorazonado y considerando frustrado su ambicioso sueño en pos del oro, Hernando de Soto emprendió la construcción de dos embarcaciones con la intención de seguir corriente abajo el gran río y alcanzar las costas de Cuba. Exhausto, fue víctima de una fiebre maligna y su tumba, como digno epílogo, fue el propio Misisipi.

Una muerte legendaria

Hernando de Soto cayó enfermo de fiebres, probablemente de malaria. El Inca Garcilaso dice que «sintió una calenturilla que el primer día se mostró lenta y al tercero rigurosísima. Y el gobernador, viendo el excesivo crecimiento de ella, entendió que su mal era la muerte, y así luego se apercibió para ella». Al verse en el trance final, ordenó testamento, que se redactó abreviado por no disponer de bastante papel, y «con dolor y arrepentimiento de haber ofendido a Dios, confesó sus pecados». Luego mandó llamar a todos sus hombres, que le despidieron entre lágrimas y gestos de dolor, y los exhortó a permanecer unidos para culminar la tarea que se habían impuesto.

El conquistador murió en mayo o junio de 1542 en Guachoya —hoy Lake City—, condado de Chicot, en el estado de Arkansas, junto al Misisipi. El lugar está al pie de una laguna formada por un meandro del río, no muy lejos de su desembocadura, en una región poblada por los indios *Caddo*, que creían a Soto inmortal.

La muerte de su jefe causó mucho dolor y tristeza en el campamento español, y para que los indios no pudieran verle muerto y afrentar su cadáver acordaron enterrarlo de noche, eligiendo para sepultura una de las muchas hoyas grandes que había cerca del río, de las que los aborígenes extraían tierra. Para disimular el lugar donde quedaba el cuerpo, los españoles dijeron a los indios que el gobernador estaba mejor de salud y decidieron dar muestras de mucha fiesta y regocijo, anegando la hoya donde estaba enterrado para que la señal del enterramiento se perdiese del todo.

Aun así, sospechando los españoles que los indios pudieran dar con el cadáver, acordaron sacarlo de donde estaba y darle sepultura en el Misisipi. Tras explorar la orilla con disimulo, algunos de los capitanes de Soto hallaron un sitio de un

cuarto de legua de ancho y diez y nueve brazas de fondo que consideraron bueno pero como no había piedra gruesa para hundir el cuerpo, cortaron una encina gruesa. «Y la noche siguiente —dice Garcilaso—, con todo el silencio posible, lo desenterraron y pusieron en el trozo de la encina, con tablas clavadas que abrazaron el cuerpo por el otro lado, y así quedó como en un arca, y, con muchas lágrimas y dolor de los sacerdotes y caballeros que se hallaron en este segundo entierro, lo pusieron en medio de la corriente del río encomendando su ánima a Dios, y le vieron irse luego a fondo. Los indios, no viendo al gobernador, preguntaban por él, y los cristianos les respondían que Dios había enviado a llamarle para mandarle grandes cosas que había de hacer luego que volviese⁹».

Las tristes nuevas de la muerte de Soto llegaron también a La Habana, donde Isabel, la infeliz esposa que esperaba su retorno, murió de pena poco tiempo después. Eso al menos cuenta la leyenda.

Como muchos soldados y conquistadores españoles de esa época, Hernando de Soto tenía una preocupación especial por su propio funeral. Las honras fúnebres suponían una muestra orgullosa del poder que habían adquirido en vida, tras haber llegado muchos de ellos pobres a América, sin más recurso que la espada y la voluntad de hacerse ricos y famosos por sus hazañas.

Poco antes de partir la expedición de Cuba, el conquistador había firmado un testamento por el que daba poder notarial a su esposa Isabel de Bobadilla. En el documento se especificaba minuciosamente la forma en que quería ser enterrado en una capilla de la iglesia de San Miguel de Jerez de los Caballeros, para cuya construcción aportaba dos mil ducados. Su cuerpo debía reposar dentro de una tumba muy decorada, con las de sus padres a cada lado. Los restos del conquistador deberían colocarse en el centro de la capilla, de tal forma que el extremo del sepulcro coincidiera con el centro del pie del altar. También ordenó que se colocara sobre la tumba un paño fino con la cruz roja de la Orden de los caballeros de Santiago.

Durante gran parte de su corta vida, Soto resultó uno de los conquistadores más afortunados. Fue gobernador de Cuba, caballero de Santiago, y adquirió méritos y fortuna luchando al lado de Vasco Núñez de Balboa en Panamá y de Francisco Pizarro y Diego Almagro en Perú. Yerno del adelantado Pedro Arias de Ávila, alcanzó a ser dueño de una fortuna que se calcula cercana a los 200.000 pesos de oro —unos 13 millones de euros actuales—, procedente del rescate del Inca Atahualpa. Una cantidad fabulosa que superó los 4,6 millones de ducados y que apostó al todo o nada de empresas mayores.

La riqueza adquirida en Perú fue como una maldición para Hernando de Soto, que vivió el resto de su existencia obsesionado por repetir el hallazgo de otro

⁹ En el 410, cuando la malaria acabó con la vida de Alarico, rey de los visigodos, sus generales no podían permitir que su cuerpo fuera profanado por manos romanas, así que desviaron el río Busento para ocultar su tumba. Algo más de 1.000 años después, sus descendientes castellanos, los guerreros errantes de Soto, hicieron lo mismo a miles de kilómetros de sus hogares.

tesoro como el de los Incas en Norteamérica, donde solo encontró escasez y privaciones. Su vida se convirtió en paradigma del fracaso de una ambición sin límites, incapaz de saciarse con la simple riqueza, que termina devorada por la lucha contra el propio destino. Como dice el Inca Garcilaso, a modo de lacónico epitafio: «Gastó su vida y feneció en la demanda».

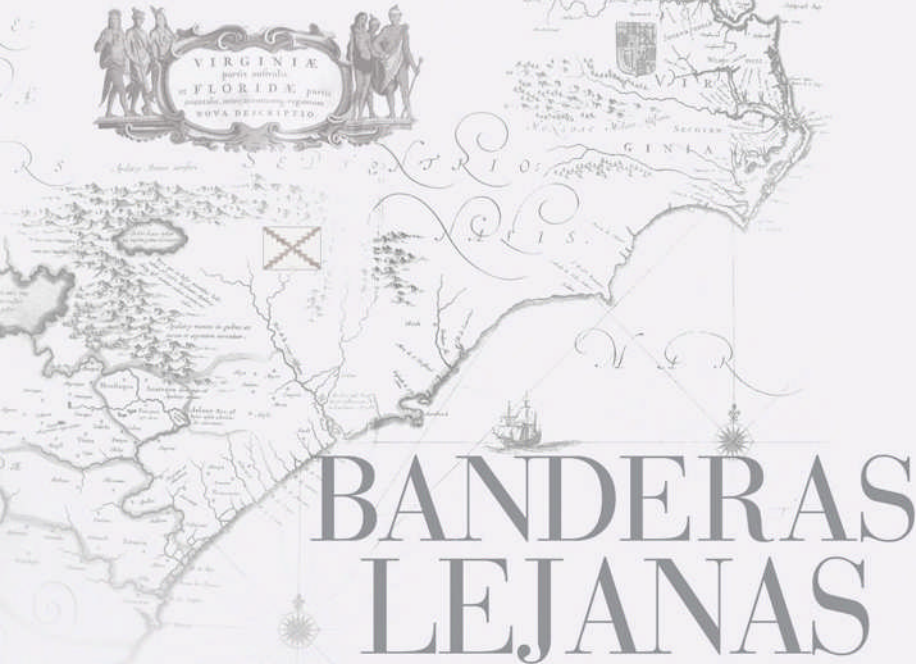
El regreso

Poco antes de morir, Hernando de Soto nombró sucesor en el mando de la expedición a Luis de Moscoso Alvarado, un hidalgo nacido en Badajoz en 1505 con quien estuvo asociado en Perú, que era sobrino del conquistador Pedro de Alvarado.

Moscoso también obtuvo en Perú una gran fortuna que dilapidó en España, y era maestro de campo de la expedición de Soto. Al tomar el mando condujo los restos de la expedición hasta los bosques al oeste del Misisipi, con la esperanza de retornar a México. Cruzó el noroeste de Luisiana y luego volvió al sur, al país de los indios *Ais* y de los *Hasinai*, que un siglo y medio después sería el territorio de las misiones franciscanas al este de Texas.

Después de merodear durante casi un año, los españoles sobrevivientes volvieron a las orillas del Misisipi, donde construyeron embarcaciones con las que se dirigieron hacia el mar. Quedaban unos 300, con algunas indias jóvenes que habían capturado en Mauvila y unos cuantos caballos. Una vez alcanzado el Golfo de México, lo cruzaron, y después de muchas penurias alcanzaron Pánuco, un asentamiento español en la costa mexicana, en septiembre de 1542, cuando ya todos les daban por muertos. Desde allí fueron a Ciudad de México, donde les recibió el virrey Antonio de Mendoza, que quedó asombrado de su hazaña.

Desde México, Moscoso escribió dos cartas al rey en las cuales informaba brevemente de los resultados de la gesta, y poco después se casó con su sobrina en Nueva España. Luego entró al servicio del virrey Mendoza, a quien en 1550 acompañó al Perú, y allí murió al año siguiente.



En gran parte desconocida por los propios españoles, la gesta de la exploración, conquista y defensa que llevó a cabo España en lo que hoy son los Estados Unidos de América supone un acontecimiento histórico capital.

Durante trescientos años, soldados, navegantes, misioneros, colonos y descubridores al servicio de España plantaron sus banderas en fuertes, poblados, misiones y ciudades repartidos por toda América del Norte, desde los límites de México hasta la frontera canadiense y Alaska.

Españoles fueron los primeros europeos que avistaron el Cañón del Colorado, cruzaron el río Misisipi, atravesaron las llanuras de Kansas, se internaron en los desiertos de Nevada o fundaron ciudades como Los Ángeles, Santa Fe o San Francisco.

Mucho antes de que Estados Unidos existiera como nación, España había conquistado ya el Far West y combatido o pactado con las principales tribus indias que luego el cine de Hollywood haría famosas. Desde Florida a California las enseñas hispanas ondearon sobre un enorme territorio que tuvo que ser defendido con escasísimos recursos.

Este libro incluye por primera vez la lista de todos los fuertes, puestos fortificados, misiones y presidios españoles en Estados Unidos y Canadá. Con amenidad y rigor documental, presenta también una panorámica completa de los esfuerzos políticos y militares, y de los personajes que contribuyeron a fijar la historia apasionante, violenta en ocasiones y casi siempre heroica, de unos hechos que merecen ser rescatados del olvido y formar parte de la memoria colectiva hispanoamericana.

